la Vid Verdadera

ANDREW MURRAY

LA VID VERDADERA
Andrew Murray

MEDITACIONES PARA UN MES

(Juan 15:1-16)
«... el misterio que había estado oculto desde los siglos y generaciones pasadas, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer cuáles son las riquezas de este misterio..,; que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria.» COLOSENSES 1:26, 27.

SOLO UNA RAMA

"Yo soy la vid, vosotros las ramas" Juan 15:5
Es sólo una rama
Más bien frágil y débil,
Pero esta Rama tiene un mensaje verdadero para dar:
Sólo le falta hablar:
«Yo soy sólo una ramita.
Mi vida en realidad no es mía.
Porque la savia que fluye por mis vasitos
Es la sangre de vida de la Vid.»
No hay poder alguno en mí
Para llevar fruto alguno;
Pero como soy parte de una vid viviente,
Contribuyo a su fruto.
¿Me preguntas cómo vivo?,
¿Cómo puedo mantenerme?
Estoy unida a la vid por firmes lazos
Y me basta con permanecer así.

»Cuando recibí la vida, Fue en el mismo sitio en que estoy,
Y desde entonces he sido sostenida
Por el tronco, un seguro asiento.
»No les temo a los días futuros.
Tampoco me preocupo del pasado,
Mi vida transcurre momento tras momento,
Un presente que no va a terminar.
>Me solazo a los rayos del sol
Que sazonan y endulzan mi fruto.
Por más que los racimos dorados que cuelgan
No son míos; proceden de la raíz.»
Esta vida no es en realidad mía,
Pues es la vida de otro en mí:
Este es el mensaje que quiere dar la rama,
Un mensaje para mí y para ti.
Oh, no te esfuerces por «permanecer».
Ni «laborar», ni aun «dar fruto»,
Basta conque sigas siempre unido a Jesús,
Como la rama está unida al tronco.
Simple, profunda y firme
Será esta unión con El;
Su vida reemplazará la tuya para siempre,
Y su amor fluirá a través de ti.
Porque el fruto del Espíritu es amor,
Y el amor será la base de tu vida,
Y para siempre tendrá en su corazón de amor Tu espíritu
un hogar.

FREDA HANBURY

Prólogo

La parábola más extensa de Jesucristo no fue la del Hijo Pródigo, como generalmente se supone. Esta fue rica en detalles, así como lo fue la del Sembrador por su gráfica división en cuatro partes; pero el último discurso de Jesús de Juan 15:1-16 ha sido llamado por muchos exégetas «La última parábola de Jesús». Como tal puede ser comentada en bloque en un solo sermón.* Pero el libro del famosísimo clásico evangélico Andrew Murray «THE TRUE VINE» (LA VID VERDADERA) son 31 meditaciones, condensadas como mensajes devocionales diarios, con aplicaciones directas al alma del lector.

Esta extraordinaria parábola de Jesucristo no es un solo mensaje sobre un solo tema significativo, como son la mayoría de las parábolas: la del Hijo Pródigo, para ilustrar el amor perdonador de Dios; la del Sembrador, para hacer énfasis en los diversos resultados de la aplicación del Evangelio en el mundo; las parábolas de las minas y de los talentos, para darnos a conocer la diversidad de recompensas y la justicia con que serán otorgadas en el Reino de los Cielos.

El discurso del Señor Jesucristo, consignado en el capítulo 14 del Evangelio de Juan, puede ser considerado como una parábola tan rica en significado, que cada uno de sus versículos abarca una lección práctica diferente sobre la vida cristiana, y cada una de sus frases puede ser comentada con gran provecho espiritual desde este punto de vista. Alguien ha dicho que si no tuviéramos otra prueba de la inspiración verbal de la Sagrada Escritura, bastaría este

botón de muestra para demostrarlo.
Y fue la última de sus parábolas en un evangelio que no contiene parábolas del modo sencillo en que están expuestas en los otros evangelios con la común introducción de: «El Reino de los Cielos es semejante a...»; ésta es una parábola, no para los oyentes comunes del pueblo judío, que las escuchaban con oídos torpes para entender, sino que es una parábola para los doce discípulos que ocuparon el Cenáculo en la última noche de la Pasión y estaban ya al final de su aprendizaje como discípulos del Señor. Por esto es la más profunda de las parábolas y la más rica en diversos significados.
El comentario de Andrew Murray es un rico arsenal de pensamientos edificantes que estamos seguros será de gran bendición espiritual para toda clase de lectores como meditación devocional, así como para los predicadores y pastores que lo utilicen como punto de partida para preparar sermones propios sobre tan rico pasaje de la Sagrada Escritura.

PREFACIO

HE CONSIDERADO que debía escribir algo que los cristianos jóvenes puedan comprender fácilmente, para ayudarles a tomar la posición en que su vida cristiana va a constituir un éxito. Creo que no se deja de mencionar en este librito ninguna de las principales tentaciones y fallos de la vida del cristiano. La proximidad, la suficiencia, la fidelidad del Señor Jesús, la naturalidad, el fruto de una vida de fe, se ven tan claros que es como si uno pudiera decir confiadamente: Que esta parábola entre en el corazón, y

todo irá bien.
Que el bendito Señor nos dé su bendición. Que El nos enseñe a estudiar el misterio de la Vid en un espíritu de adoración, esperando las enseñanzas del mismo Dios.

1
LA VID

Yo soy la vid verdadera. Juan 15:1

TODAS LAS COSAS TERRENAS son sombras de las realidades celestiales; la expresión, en formas creadas y visibles, de la invisible gloria de Dios. La Vida y la Verdad están en el Cielo; en la Tierra tenemos figuras y sombras de las verdades celestiales. Cuando Jesús dice: «Yo soy la Vid verdadera», nos dice que todas las vidas de la Tierra son figuras y emblemas de El mismo. El es la divina realidad, de la cual las vides son una expresión creada. Todas ellas indican a Jesús, predican a Jesús, revelan a Jesús. Si quieres conocer- nuestra relación con Jesús, estudia lo que ocurre en la vid.
¡Cuántos somos los que hemos admirado una gran parra o una cepa llena de hermoso fruto! Ven y contemplemos la vid celestial hasta que tus ojos se aparten de todo lo demás para admirarle a EL ¡Cuántos en un clima soleado se han sentado y descansado bajo la sombra de una parra! Ven y estate quieto bajo la sombra de la verdadera Vid, y descansa bajo sus ramas del calor del día. ¡Cuántos se han gozado del fruto de la vid! Ven, toma y come el fruto

celestial de la verdadera vid, y deja que tu alma diga: «Me senté bajo su sombra con deleite, y su fruto fue dulce a mi paladar.»

Yo soy la vid verdadera. — Esto es un misterio celestial. La vid terrena puede enseñarnos mucho acerca de esta Vid de los Cielos. Hay muchos puntos de comparaciones hermosas e interesantes, que nos ayudan a obtener conceptos claros de lo que quería decir Cristo. Pero estos pensamientos no nos enseñan a conocer lo que es la Vid celestial realmente, su sombra fresca, su fruto sabroso. La experiencia de esta parte del misterio oculto puede ser comunicada e impartida sólo por Jesús mismo, por medio de su Santo Espíritu.

Yo soy la vid verdadera. — La vid es el Señor vivo, que habla El mismo, y da y obra todo lo que tiene para nosotros. Si quieres conocer el significado y poder de esta palabra, no creas que lo vas a encontrar pensando o estudiando; esto puede ayudarte a ver lo que debes obtener de El para despertar el deseo, esperanza y oración, pero no te pueden mostrar la Vid. Jesús sólo puede revelarse a sí mismo. El da su Santo Espíritu y abre los ojos para contemplarle, abre el corazón para recibirle. El mismo debe pronunciar las palabras para ti y para mí.

Yo soy la vid verdadera. — Y ¿qué es lo que debo hacer si quiero que este misterio, con toda su belleza y bendición celestiales, se abra para mí? Con lo que ya sabes de la parábola, inclínate y permanece quieto, adora y espera hasta que la divina Palabra entre en tu corazón y sientas su presencia contigo y en ti.

La sombra de su santo amor te dará la perfecta calma y

sosiego de saber lo que la Vid hará por ti. *Yo soy la vid verdadera.* — El que habla es Dios, en su infinito poder capaz de entrar en ti. Es, también, un hombre, uno con nosotros. Es el Crucificado, el que nos ganó una justicia perfecta y una vida divina por medio de su muerte. El es el glorificado, que desde el trono nos envía su Santo Espíritu para hacer su presencia real y verdadera. El habla; escucha, no sólo sus palabras, sino a El mismo cuando te susurra secretamente cada día: »¡Yo soy la Vid verdadera! Todo lo que la Vid puede ser para la rama, El *quiere serlo para ti.»*

* * *

Santo Jesús, Vid celestial plantada por Dios mismo, te ruego que te reveles en mi alma. Que tu Santo Espíritu me dé a conocer todo lo que Tú, el Hijo de Dios, eres para mí como vid verdadera, no sólo en el intelecto, sino en la experiencia.

2
EL LABRADOR

Y *mi Padre es el labrador.* Juan 15:1

UNA VID debe tener un labrador que la plante y la vigile, y también que recoja el fruto. Jesús dijo: «Mi Padre es el labrador.» El era «la viña plantada por Dios». Todo lo que era e hizo lo debía al Padre; y en todo lo que hizo procuró sólo hacer la voluntad del Padre y servir su gloria. El se hizo hombre para mostrarnos lo que la criatura debe ser para su Creador, Tomó nuestro lugar, y lo que fue el espíritu de su vida ante el Padre, es lo que El procura que

sea el nuestro: «De El, y por El, y para El son todas las cosas.» El se hizo la verdadera vid, para que nosotros pudiéramos ser verdaderas ramas. Tanto por lo que respecta a Cristo, como a nosotros, estas palabras nos enseñan dos lecciones: la de la absoluta depedencia, y la de la perfecta confianza.

Mi Padre es el labrador. — Cristo vivió siempre en el espíritu de lo que El dijo una vez: «El Hijo no puede hacer nada de sí mismo.» De la misma manera que la vid depende del labrador en cuanto al lugar en que ha de crecer, las vallas, el ser regada y podada, Cristo se sintió El mismo enteramente dependiente del Padre cada día por su sabiduría y la fuerza para hacer la voluntad del Padre. Como dijo en el capítulo previo (14:10): «Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras.» Esta dependencia absoluta tenía su contrapartida bendita en la confianza de que no tenía que temer nada: el Padre no podía desazonarlo. Con un labrador como su Padre, él podía entrar en la muerte y en la tumba. Podía confiar en que Dios le levantaría. Todo lo que Cristo es y tiene, lo tiene no de sí mismo, sino del Padre.

Mi Padre es el labrador. — Esto es tan verdad para nosotros como para Cristo. Cristo va a enseñar a sus discípulos sobre las características de ser ramas. Antes de que pronunciara la palabra, o les hablara de permanecer en El o de dar fruto, hace volver los ojos de ellos al Cielo, al Padre que los contempla, y que obra en ellos. A la misma raíz de toda la vida cristiana se halla el pensamiento de que Dios es el todo en todos, de que nuestra obra es dar y

dejarnos en sus manos, en la confesión de nuestra invalidez total y dependencia completa, en la segura confianza de que El nos da lo que necesitamos. La gran falta de la vida cristiana es que, incluso cuando confiamos en Cristo, dejamos a Dios fuera de la cuenta. Cristo vino a traernos a Dios. Cristo vivió la vida de un hombre exactamente como nosotros debemos vivirla. Cristo, la Vid, nos señala a Dios el labrador. Así como El confió en Dios, confiemos nosotros en Dios que todo lo que tengamos que ser o hacer, como pertenecientes a la Vid, nos será dado desde arriba.

Isaías dijo: «Una viña de vino rojo; yo Jehová la cuidaré, la regaré en todo momento; para que nada la dañe, la vigilaré noche y día.» Antes de que pensemos en el fruto o las ramas, llenemos nuestro corazón de fe: tan gloriosa como la Vid es el Labrador. Del mismo modo que el Labrador hizo que la Vid fuera lo que es, hará que cada rama sea lo que debe ser. Nuestro Padre es nuestro Labrador, la garantía de nuestro crecimiento y fruto.

* * *

Bendito Padre, nosotros somos tu viña. ¡Oh, que puedas tener honor de la obra de tus manos! Padre, deseo abrir mi corazón al gozo de la maravillosa verdad: Mi Padre es el Labrador. Enséñame a conocerte y confiar en Ti, y a ver que el mismo interés profundo que tienes en la Vid. lo extiendes también a la rama.

3
LA RAMA

Toda rama que en mí no lleva fruto, lo quita. Juan 15:2

AQUÍ TENEMOS una de las palabras principales de la parábola: *rama.* Una vid necesita ramas; sin ramas no puede hacer nada, no puede traer fruto. Tan importante como conocer acerca de la Vid y del Labrador es darse cuenta de lo que es la rama. Antes de escuchar lo que Cristo dice sobre la misma, aprendamos primero lo que es una rama y lo que nos enseña sobre nuestra vida en Cristo. Una rama es simplemente un conjunto de fibras de madera que se extienden a partir de la vid con el propósito de traer fruto. Es de la misma naturaleza que la vid, y tiene su vida y su espíritu con ella. Pensemos por un momento en las lecciones que esto nos sugiere.

Aquí hay la lección de la *entera consagración.* La rama tiene sólo un objeto, un propósito al cual se entrega por completo. Esto es, el traer el fruto que la vid espera que traiga. De la misma manera, el creyente sólo tiene una razón para ser una rama —*una razón para su existencia en la Tierra:* que la vid celestial pueda traer su fruto a través de la rama. Feliz el alma que entiende esto, que consiente en ello y que dice: «He sido redimido y vivo sólo para una cosa, como la rama natural sólo existe para traer fruto, yo también; como la vid celestial existe para traer fruto, yo también. Habiendo sido plantada por Dios en Cristo, me he entregado por completo a dar el fruto que la Vid desea que traiga.»

Hay la lección de la *conformidad perfecta.* La rama es

exactamente como la vid en todos los aspectos: la misma naturaleza, la misma vida, el mismo lugar, la misma obra. En todo esto son uno, de modo inseparable. Y así el creyente tiene que saber que es partícipe de la naturaleza divina, y que tiene la misma naturaleza y espíritu de Cristo en él, y que su vocación es transformarle en perfecta conformidad con Cristo. La rama es una semejanza perfecta de la vid; la única diferencia es que la una es grande y fuerte es la fuente de la fuerza—, y la otra es pequeña y débil —necesitando y recibiendo fuerza siempre. Incluso siendo así, el creyente es, y debe ser, una semejanza perfecta de Cristo.

Esta es la lección de la *absoluta dependencia.* La vid tiene sus reservas de vida, de savia y de fuerza, no para sí misma, sino para las ramas. Las ramas no tienen ni son otra cosa que lo que procede de la vid y lo que la vid les imparte. El creyente es llamado a una vida de dependencia entera e incesante de Cristo, y en ello consiste su bienaventuranza máxima. De día y de noche y en todo momento, Cristo obra en él todo lo que necesita.

Y luego está la lección de la *confianza que no duda.* La rama no tiene preocupaciones; la vid provee de todo; todo lo que tiene que hacer es entregarse a sí misma y recibir. Es el comprender esta verdad que le conduce al bendito reposo de la fe, el verdadero secreto del crecimiento y de la fuerza: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.»

¡Qué vida tendríamos si consintiéramos en ser sólo ramas! Querido hijo de Dios, aprende la lección. Sólo tienes que hacer una cosa: Sé una rama, nada más, nada menos. Sé una rama; Cristo será la vid que te lo dará todo. Y el

labrador, el Dios todopoderoso, que hace que la vid sea lo que es, *hará lo necesario para que la rama sea lo que debe ser.*

* * *

Señor Jesús, te ruego que me reveles el misterio celestial de la rama, en su unión viva con la vid, y en sus posibilidades, con toda su plenitud. Y que tu suficiencia, manteniendo y llenando las ramas, me conduzca al descanso de la fe que sabe que Tú lo obras todo.

4
EL FRUTO

Toda rama que en mí no lleva fruto, lo quita. Juan 15:2

FRUTO. Esta es la palabra siguiente: Vid, Labrador, rama, y ahora fruto. ¿Qué tiene que decirnos el Señor sobre el fruto? Esto, simplemente: que el fruto es aquello para lo que existe la rama, y que si la rama no lleva fruto, el labrador la quita. La vid es la gloria del labrador; la rama es la gloria de la vid; el fruto es la gloria de la rama; si la rama no lleva fruto, no hay gloria o valor en ella; es una ofensa y un estorbo; el labrador la quita. La única razón para la existencia de una rama, la marca de ser una verdadera rama de la vid celestial, la condición de que se le permita por parte del divino Labrador participar de la vida de la Vid es: para que traiga fruto.

Y ¿qué es el fruto? Algo que lleva la rama, no para sí misma, sino para el propietario; algo que es recolectado y

que alguien se lleva. La rama recibe, en verdad, savia para su propia vida, por medio de la cual se hace más gruesa y más fuerte. Pero esta provisión para su propio mantenimiento está enteramente subordinada al cumplimiento del propósito de su existencia: el traer fruto. Es a causa de que los cristianos no entienden o aceptan esta verdad que fallan en sus esfuerzos y en sus oraciones para vivir la vida de la rama. A veces la desean con sinceridad; leen, meditan y oran, y, con todo, fracasan, y se preguntan por qué. La razón es muy simple: no saben que el *dar fruto* es aquello para lo que existen. De la misma manera que Cristo pasó a ser la verdadera Vid con sólo un objetivo, tú has sido hecho rama también con un objetivo: el de dar fruto para la salvación de otros hombres. La Vid y la rama están igualmente bajo la ley establecida de dar fruto como razón de su existencia. Cristo y el creyente, la Vid celestial y la rama, tienen en el mundo el mismo propósito exclusivo de transmitir el amor salvador de Dios a los hombres. De ahí las solemnes palabras: «Toda rama que en mí no lleva fruto, lo quita.»

Tengamos muy presente esta posible gran equivocación. Muchos cristianos piensan en su propia salvación como la primera cosa; su vida temporal y su prosperidad, con el cuidado de su familia a continuación; y el tiempo e interés que quedan pueden ser dedicados a llevar fruto para salvar a otros hombres. No es de extrañar que en muchos casos quede muy poco tiempo e interés. No. Cristiano, el objeto por el cual has sido hecho miembro del cuerpo de Cristo es que la Cabeza pueda usarte para llevar a cabo su obra salvadora. El objeto por el que Dios te ha hecho una rama

es que Cristo pueda llevar vida a otros a través de ti. Tu salvación personal, tu negocio y el cuidado de tu familia están entera mente subordinados a esto. Tu primer objetivo en la vida, cada día, debe ser saber cómo desea Cristo que lleves a cabo sus propósitos.

Empecemos a pensar como Dios piensa. Aceptemos las enseñanzas de Cristo y respondamos a ellas. El propósito por el cual soy una rama, la marca de ser una verdadera rama, la condición para permanecer y crecer, es que lleve el fruto de la Vid celestial a los que están muriendo. Y aquello de que estoy perfectamente seguro es que, con Cristo como Vid y el Padre como Labrador, puedo ser verdaderamente una rama fructífera.

* * *

Querido Padre: Tú vienes a buscar fruto. Enséñanos, te rogamos, a comprender cuan verdaderamente es éste el objetivo de nuestra existencia y nuestra unión con Cristo. Haz el deseo esencial de nuestros corazones el ser ramas, tan llenas del Espíritu de la Vid, que llevemos fruto abundantemente.

5
MAS FRUTO

Y todo aquel que lleva fruto, lo limpia, para que lleve más fruto. Juan 15:2

LA IDEA DEL FRUTO es tan prominente a los ojos de Aquel que ve las cosas como son; el fruto es tan verdaderamente aquello en lo que Dios ha puesto su corazón, que nuestro

Señor, después de haber dicho que la rama que no lleva fruto es quitada, añade: y aquella que da fruto, el Labrador desea que dé más fruto. Como don de su gracia, como muestra de vigor espiritual, para mostrar la gloria de Dios en Cristo, como manera única de satisfacer las necesidades del mundo, Dios desea y nos equipa para dar más fruto.

Más fruto. — Esta es una palabra que nos hace pensar. Como iglesias y como individuos estamos en peligro siempre de estar satisfechos de nosotros mismos. El espíritu secreto de Laodicea —somos ricos y llenos de bienes y no necesitamos nada— puede prevalecer donde menos lo sospechemos. El aviso divino —sois pobres, desventurados, miserables y desnudos— encuentra poca respuesta donde en realidad es más necesaria.

No nos quedemos contentos con la idea de que hacemos nuestra parte, como hacen otros, en la obra que hay que hacer; o que los hombres están satisfechos con nuestros esfuerzos en el servicio de Cristo, o incluso nos señalan como ejemplos. Que nuestro solo deseo sea saber si llevamos todo el fruto que Cristo quiere que demos como ramas vivientes, en unión íntima y viva con El, si satisfacemos el corazón amante del gran Labrador, nuestro Padre en el Cielo, en su deseo de tener más fruto.

Más fruto. — La palabra viene con la autoridad divina para poner a prueba nuestra vida: el verdadero discípulo se someterá de buena gana al a luz santa y pedirá a Dios que le muestre aquello que puede ser defectuoso en la medida o en el carácter del fruto que lleva. Creamos que la Palabra quiere conducirnos a una mayor experiencia del propósito de amor del Padre, de la plenitud de Cristo y del

maravilloso privilegio de llevar mucho fruto para la salvación de los hombres.

Más fruto. La palabra es alentadora. Oigámosla. Este mensaje va dirigido a la rama que ya lleva fruto: más fruto. Dios no exige, como Faraón, el amo de esclavos, o como Moisés, el legislador, sin proveer los medios para el fin. Viene como Padre, que da lo que pide, que obra lo que manda. Viene a nosotros como ramas vivas de la Vid viviente, y nos ofrece obrar más fruto en nosotros si estamos dispuestos a rendirnos a sus manos. ¿No aceptaremos la oferta y esperaremos que la realice en nosotros?

«Que lleve más fruto»: creamos que así como el propietario de una vid, el labrador, hace todo lo que puede para que el fruto sea sabroso, el divino Labrador hará todo lo necesario para que demos más fruto. Todo lo que nos pide es que entreguemos nuestro corazón a la tarea, que nos ofrezcamos para que El cuide y trabaje, y esperemos con gozo que El haga su obra perfecta en nosotros. Dios ha puesto su corazón en tener más fruto; Cristo espera para obrarlo en nosotros; esperemos gozosos que el divino Labrador y la Vid celestial realicen la obra de que nosotros produzcamos más fruto.

* * *

Padre nuestro que estás en los cielos, Tú eres el Labrador celestial. Y Cristo es la Vid celestial. Y yo soy una rama celestial, participante de la vida celestial de Cristo, para llevar su fruto celestial. Padre, que el poder de su vida me llene de tal modo que pueda dar más fruto, para la gloria de tu nombre.

6
LA PODA

Todo aquel que lleva fruto, lo limpia, para que lleve más fruto. Juan 15:2

HAY DOS COSAS NOTABLES en una vid. No hay ninguna otra planta que contenga tanto espíritu, espíritu que puede ser destilado en forma de vino. Y no hay otra planta que crezca de un modo más lozano y exuberante, de modo que este crecimiento perjudica el fruto, y por tanto debe ser podada sin compasión. Desde mi ventana veo viñas extensas: el cuidado principal del viticultor es la poda. Es posible tener una vid o una parra en un suelo tan excelente que no sea necesario cavarla, ni abonarla, ni regarla; pero el podarla es algo que no se puede descuidar si ha de traer fruto. Algunos árboles necesitan ser podados aquí y allí; otros traen fruto perfecto sin necesidad de poda: la vid la necesita. Y por ello nuestro Señor nos dice, ya al mismo principio de la parábola, que la operación que el Padre hace en la rama para que traiga fruto es: limpiarla, o sea podarla, para que dé más fruto.

Consideremos por un momento esta poda o limpieza. No se trata de quitar las malas hierbas, o espinos, o cualquier otra cosa que vaya a impedir el crecimiento. No; es el cortar los largos sarmientos o ramas del año anterior, y quitar los brotes excesivos que aparecen cada año, producidos por la vida interior de la vid. Es el quitar algo que es una prueba de vigor y de vida; cuanto más vigoroso es el crecimiento, más diligente debe ser la poda. Es la madera sana y vigorosa de la vid que debe ser cortada. ¿Por qué? Porque

consumiría demasiada savia si tendría que llenar todos los brotes remanentes del año anterior; la savia debe ser guardada y usada sólo para el fruto. Los sarmientos o ramas, a veces de tres y más metros de longitud, son cortados cerca de la rama principal, y no se deja nada de ellos excepto unos tres o cuatro centímetros, bastante para que salga un nuevo brote y pueda traer fruto. Cuando todo lo que es superfluo ha sido cortado y queda muy poco de la rama, entonces se podrá esperar fruto sazonado.

¡Qué lección más solemne y preciosa! No es sólo al pecado que la limpieza o poda del Labrador se refiere aquí. Es a nuestra actividad religiosa, tal como se desarrolla en el mismo acto de llevar fruto. Es esto que debe ser cortado y limpiado. Hemos de usar al trabajar para Dios nuestros dones naturales de sabiduría, elocuencia, influencia o celo. Y, con todo, se corre siempre el peligro de que sean desarrollados indebidamente y se ponga confianza en ellos. Y así, después de cada temporada de trabajo, Dios pone fin a nuestro «yo», nos tiene que volver a refrescar la idea de nuestra invalidez y el peligro de todo lo que es humano; tiene que volver a hacer sentirnos como nada. Todo lo que queda de nosotros es lo bastante para recibir el poder de la savia de vida del Espíritu Santo. Lo que es del hombre debe *ser* reducido a su mínima expresión). Todo lo que es incompatible con la devoción más completa al servicio de Cristo debe ser quitado. Cuanto más perfecta sea la poda de todo lo que es del «yo», menos superficie habrá en la cual tenga que extenderse el Espíritu Santo, y más intensa será la concentración de nuestro estar enteramente a disposición del Espíritu. Esto es la verdadera circuncisión del corazón,

la circuncisión de Cristo. Esta es la verdadera crucifixión con Cristo, el llevar la muerte del Señor Jesús en el cuerpo. ¡Bendita poda, obra de Dios mismo! Después podremos regocijarnos con la seguridad de que traeremos más fruto.

* * *

Oh nuestro Labrador santo, poda y corta todo lo que hay en nosotros que es expresión del yo, que pueda dar lugar a autoconfianza y autoglorificación. Señor, mantennos humildes, que ninguna carne puede gloriarse en tu presencia. Confiamos en Ti para hacer tu obra.

7
LA PODADERA

Vosotros estáis ya limpios por la palabra que os he hablado. Juan 15:3

¿QUÉ ES LA PODADERA de este Labrador celestial? Se dice con frecuencia que es la aflicción; pero ¿es ésta la herramienta que usa? ¿Cómo se compaginaría esto con el hecho de que algunos pasan largas temporadas libres de adversidad, o conque algunos parece que reciben constantemente bondades del Señor? ¡No! Es la Palabra de Dios, que es un cuchillo más aguzado que una espada de dos filos, que penetra y separa el alma y el espíritu, y que discierne rápidamente los pensamientos e intentos del corazón. Sólo cuando la aflicción nos conduce a la disciplina de la Palabra es que se vuelve una bendición; con frecuencia, la falta de limpieza del corazón por medio de la Palabra es la razón por la que la aflicción no es santificada. Ni aun la espina en la carne de Pablo pudo ser

bendición hasta que la Palabra de Cristo —«Mi fuerza en la flaqueza se perfecciona»—le hizo ver el peligro de la autoexaltación y le hizo gozarse en sus debilidades.

La Palabra de Dios es la podadera. Jesús dice: «Vosotros estáis ya limpios por la palabra que os he hablado.» ¡Cuan penetrante es esta palabra que El ha hablado! ¡Es como una espada afilada de dos filos, como El les había enseñado! «A menos que un hombre se niegue a sí mismo, pierda su vida, aborrezca a su padre y a su madre, no puede ser mi discípulo, no es digno de mí.» Lo mismo cuando humilló su orgullo, o les reprendió por su falta de amor, o predijo que le abandonarían. Desde el principio de su ministerio, desde el Sermón del Monte, hasta sus palabras de amonestación en la última noche, su Palabra había procurado limpiarlos. Había descubierto y condenado todo lo que era de la persona; ahora estaban vacíos y limpios, dispuestos para recibir al Espíritu Santo.

Sólo cuando el alma renuncia a sus propios pensamientos y los pensamientos humanos respecto a lo que es religión, y se entrega sincera, humilde, alegre y pacientemente a la enseñanza de la Palabra por el Espíritu, el Padre hará su bendita obra de poda y limpieza de toda la naturaleza del yo, que se mezcla con la obra e impide obrar al Espíritu. Que aquellos que quieran saber lo que el Labrador puede hacer por ellos, todo lo que la Vid puede sacar de ellos, busquen anhelosos rendirse a la bendita poda de la Palabra. Que en su estudio de la Palabra la acepten como el martillo que quebranta y desmenuza, como el fuego que funde y purifica, como la espada que corta y mata todo lo que es de la carne. La palabra de arrepentimiento preparará para la pa

labra de consuelo y de esperanza, y el Padre limpiará a través de su Palabra.

Todos aquellos que son ramas de la verdadera Vid, cada vez que leéis y oís la Palabra, esperad primero en El para que la use para podar las ramas. Disponed vuestro corazón a su deseo de tener más fruto. Confiad en El que, como Labrador, hará la obra. Entregaos con sencillez de niño a la obra de poda de la Palabra y del Espíritu, y que podáis ser contados entre aquellos en los cuales sus propósitos se cumplen.

* * *

Padre, te ruego que me limpies y podes por medio de tu Palabra. Escudríñame y saca a la luz todo aquello que es del «yo» y de la carne en mi vida religiosa. Corta todo lo que sea autoconfianza, para que la Vid pueda hallar en mí una disposición libre para recibir su vida y Espíritu. Oh santo Labrador, confío en Ti que cuidarás de la rama tanto como de la Vid. Tú eres mi sola esperanza.

8
PERMANECED

Permaneced en mí, y yo en vosotros. Juan 15:4

CUANDO SE COLOCA un nuevo injerto en una vid y permanece allí, ocurre un proceso doble. Primero tiene lugar un cambio en la madera. El injerto echa sus raicillas y fibras hacia el tronco, y el tronco avanza hacia el injerto, con lo que tiene lugar una unión estructural. El injerto agarra o permanece y pasa a ser uno con la vid, y para

todos los efectos el injerto ha pasado a ser parte de la vid. Luego hay el segundo proceso, en que la savia de la vid entra en la nueva estructura y la usa como pasaje a través del cual puede fluir y alcanzar los nuevos brotes, hojas y fruto. Esta es una unión vital. El injerto entra en el tronco de la vid; el tronco entra en el injerto con su savia, si permanece.

Cuando el Señor dice: «Permaneced en mí, y yo en vosotros», indica algo análogo a esto. «Permaneced en mí»: esto se refiere más a lo que tenemos que hacer. Hemos de confiar y obedecer, separarnos de todo lo demás, juntarnos a El y depender de El, profundizar en El. Al hacerlo, por medio de la gracia que nos da, se forma un carácter y el corazón se prepara para la experiencia más plena: «Y yo en vosotros.» Dios nos fortalece con su Espíritu en el hombre interior, y Cristo reside en el corazón por la fe.

Muchos creyentes oran y desean ardientemente ser llenos del Espíritu y revestidos de Cristo, y a veces se sorprenden de no hacer más progresos. La razón es con frecuencia ésta: el «Yo en vosotros» no es factible porque el «permaneced en mí» no tiene lugar. «Hay un cuerpo y un espíritu»; antes de que el Espíritu pueda llenarnos, el cuerpo debe ser preparado. El injerto debe crecer en el tallo y permanecer en él antes que la savia pueda fluir a su través para poder traer fruto. Podemos recibir y gozar del «Yo en vosotros» sólo cuando seguimos a Cristo en humilde obediencia, negándonos a nosotros mismos, olvidando el mundo y aun buscando la conformidad a El en el cuerpo de modo que permanezcamos en El. La Palabra que nos manda: *«Permaneced en mí»,* nos preparará para la obra que debe

emprender El: «Y *yo en vosotros.-»*
En. — Las dos partes del mandato tienen su unidad en la palabra *en* que aparece en las dos. No hay palabra más profunda en la Escritura. Dios está *en* todo. Dios reside *en* Cristo. Cristo vive *en* Dios. Nosotros estamos *en* Cristo. Nuestra vida ha sido tomada *en* la suya. Nosotros hemos recibido su vida; en una realidad divina que las palabras no pueden expresar, estamos en El y El está *en* nosotros. Las palabras «Permaneced en mí, y yo en vosotros» nos dicen que creamos en este divino misterio, y que contemos conque Dios, el Labrador, y Cristo, la Vid, lo harán divinamente verdadero. No hay enseñanza o profundidad de pensamiento que pueda comprenderlo; es un divino misterio de amor. De la misma manera que no podemos efectuar esta unión, tampoco la podemos comprender. Confiemos en esta Vid infinita, divina, omnipotente, que nos ama, nos sostiene y obra en nosotros. Tengamos fe en que su obra permanece y descansemos en El, depositando nuestro corazón y nuestra esperanza sólo en El. Y contemos conque El cumplirá en nosotros este misterio: «Vosotros en mí, y Yo en vosotros.»

* * *

Bendito Señor, Tú me mandaste que permaneciera en Ti. ¿Cómo puedo hacerlo, Señor, a menos que Tú te muestres a mí, me esperes para recibirme y me guardes? Te ruego que me muestres cómo vas a emprender todo esto. El estar ocupado en Ti es permanecer en Ti. Aquí estoy. Señor, una rama podada y permaneciendo, descansando en Ti y esperando el influjo de tu vida y tu gracia.

9
SI NO PERMANECÉIS

Como lo *rama no puede llevar fruto por sí misma, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.* Juan 15:4

CONOCEMOS EL SIGNIFICADO de este *si,* o «a menos que», en este específico sentido. Expresa una condición indispensable, una ley inevitable. «La rama no puede llevar fruto, a menos que permanezca en la vid. Ni tampoco podéis vosotros, si no permanecéis en mí.» Sólo hay una manera en que la rama puede traer fruto —y ésta es absolutamente indispensable—, y es la comunicación ininterrumpida con la vid. No de sí misma, sino de la vid es de donde procede el fruto. Cristo había mandado: «Permaneced en mí.» Además, en la Naturaleza la rama nos enseña la lección con tal claridad, y es tan grande el privilegio de ser llamado y poder permanecer en la vid celestial, que podríamos pensar que no era necesario añadir estas palabras de advertencia. Pero no, Cristo sabe bien que una renuncia al yo implica esto: «Permaneced en mí». ¡Cuan fuerte y universal es la tendencia a intentar producir fruto con nuestros propios esfuerzos! ¡Cuan difícil es el hacernos creer que el continuar permaneciendo en El es una necesidad absoluta! El insiste en la verdad: No es de sí misma que la rama puede traer fruto; a menos que permanezca, no puede traer fruto. «Ni tampoco podéis vosotros, a menos que permanezcáis en mí.»

Pero ¿debo tomar esto de modo literal? ¿Debo, de modo exclusivo, manifiesto, incesante y absoluto, como rama que

permanece en la vid, igualmente renunciar a mí mismo para hallar mi vida toda en Cristo sólo? Sin duda, éste es el caso. El *a menos que permanezcáis* es tan universal como el *permaneced.* No puede admitirse aquí ninguna excepción ni modificación. Si he de ser una verdadera rama, si he de traer fruto, si he de ser lo que Cristo quiere que sea, toda mi existencia debe ser dedicada exclusivamente a permanecer en El, como una rama natural permanece en la vid.

¡Que aprenda bien esta lección! El permanecer es un acto de la voluntad y de todo el corazón. Del mismo modo como hay grados en la búsqueda y servicio de Dios, «no con un corazón perfecto» o «con todo el corazón», también hay grados en el permanecer. En la regeneración la vida divina entra en nosotros, pero no domina ni llena al momento todo nuestro ser. Esto viene luego como resultado de recibir órdenes y obedecerlas. Hay el peligro de no entregarnos con todo el corazón para permanecer. Hay el peligro de entregarnos para la obra de Dios, y aun traer fruto, de un modo deficiente, a causa de no permanecer, por no dejarnos caer con toda la voluntad en las manos de Cristo y en su vida. Hay el peligro de hacer mucho trabajo y traer poco fruto por falta de esta vital relación. Hemos de permitir que las palabras «no de sí misma» y «a menos que permanezcáis» hagan su obra escudriñadora y expongan para la poda o limpieza todo lo que hay en nosotros de voluntad propia o autoconfianza en nuestras vidas; esto nos librará de este gran mal y nos preparará para su enseñanza, dándonos el pleno significado de la Palabra: «Permaneced en mí, y yo en vosotros.»

Nuestro bendito Señor quiere separarnos de nosotros mismos y de nuestra propia fuerza para llevarnos a El y a su fuerza. Aceptemos la advertencia y entreguémonos con temor a El para que haga su obra. «¡Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios!» Esta vida es un misterio celestial, escondido de los sabios, incluso los cristianos, pero revelado a los niños. El ser como niños en el Espíritu es algo que el Cielo da cada día y cada momento al alma que acepta la enseñanza «no de sí misma» y «a menos que permanezcáis» y lo busca todo en la Vid. El permanecer en la Vid no es nada más ni nada menos que una entrega descansada del alma, que permite a Cristo que haga toda la obra y lo tenga todo, de modo tan completo como en la Naturaleza la rama no sabe ni busca nada, sino la vid.

* * *

Permaneced en mí. He oído, Señor, que con cada orden das también el poder para obedecer. Con tu «levántate y anda» el cojo saltó. Yo acepto tu palabra *Permaneced en mí,* como una palabra de poder, que da poder; y aún más, digo: Señor, Yo permanezco y permaneceré en Ti.

10
YO SOY LA VID

Yo soy la vid, vosotros las ramas. Juan 15:5

EN EL VERSÍCULO ANTERIOR Cristo había dicho: «Permaneced en mí», y luego anunció la ley inalterable de la vida de la rama en la Tierra o en el Cielo: *«no por sí misma»;* «o *menos que permanezcáis».* Al empezar la

parábola había dicho: «Yo soy la vid.» Ahora repite las mismas palabras. Quiere que entendamos —porque aunque sea algo simple, es la clave de la vida que permanece en Cristo— que la única manera de obedecer la orden «Permaneced en *mí»* es tener los ojos y el corazón fijos en El. «Permaneced en mí... Yo soy la vid verdadera.» Sí, estudiemos este santo misterio hasta ver a Cristo como la Vid verdadera, soportando, enderezando, proveyendo, inspirando a todas las ramas, siendo para cada rama y dándole a cada una lo que necesita, y con ello el «permanecer» se sigue. Sí, contemplémosle, la verdadera Vid, hasta que sintamos qué misterio celestial es éste y nos veamos compelidos a pedir al Padre que nos lo revele por medio de su Santo Espíritu. Aquel a quien Dios revela la gloria de la verdadera Vid, que ve lo que Jesús es y lo que le espera en cada momento, no puede sino permanecer. La visión de Cristo es una atracción irresistible; nos lleva a sí y nos mantiene atraídos como un imán. Escuchemos al Cristo viviente, hablándonos todavía, y esperemos que nos muestre el significado y poder de su Palabra: *«Yo soy la vid.»*

¡Cuánta tarea penosa se ha realizado tratando de entender lo que es el permanecer! ¡Cuánto esfuerzo inútil tratando de conseguirlo! ¿Por qué? Porque se había considerado el permanecer como una obra que había que hacer, en vez de tratarse del Cristo vivo, en el cual habíamos de ser mantenidos, siendo El mismo el que nos ha de mantener y guardar. Pensamos en permanecer como un esfuerzo continuo y olvidamos que significa el descansar para quien ha encontrado el lugar en que debe residir. Notemos como

Cristo dice: «Permaneced en mí; yo soy la vid que produce, mantiene, fortalece y hace fructíferas las ramas. Permaneced en mí, descansad en mí y dejadme hacer mi obra. Yo soy la verdadera Vid; todo lo que soy, y digo, y hago, es la verdad divina, dando realidad a lo que digo. Yo soy la Vid; basta conque consientas y te entregues a mí. Yo lo haré todo por ti.»

Y así ocurre que, a veces, almas que nunca se habían ocupado especialmente de la idea de permanecer, están permaneciendo todo el tiempo» porque están ocupadas con Cristo. No es que la palabra «permanecer» no sea necesaria. Cristo la usó con mucha frecuencia, porque es la verdadera clave de la vida cristiana. Pero El quiere que la comprendamos en su verdadero sentido: «Salid de los otros sitios; abandonad confianzas y ocupaciones; salid de vuestro yo, de vuestros razonamientos y esfuerzos, y venid y descansad en lo que Yo haré. Vive fuera de ti; permanece *en Mí.* Tú estás *en Mí;* no necesitas nada más.»

«Yo soy la vid.» Cristo no mantiene este misterio escondido de sus discípulos. Lo reveló, primero en palabras aquí, y luego en poder, cuando el Espíritu Santo descendió del Cielo. El nos lo revelará también a nosotros, primero en los pensamientos, confesiones y deseos que estas palabras despiertan, y después en el poder del Espíritu. Espera que El te enseñe el significado celestial de este misterio. Que cada día, en tu hora quieta, en tu aposento, separado con El y su Palabra, nuestro principal pensamiento y nuestro objetivo debe ser tener el corazón fijo en El, en seguridad: todo lo que una vid hace por sus ramas, mi Señor Jesús lo hará, lo está haciendo para mi. Dale tiempo, escúchale, que

pueda susurrar a tu oído el divino secreto: «Yo soy la vid.» Sobre todo, recuerda que Cristo es la Vid plantada por Dios y tú eres una rama injertada por Dios. *Mantente siempre delante de Dios, en Cristo* —esperando la gracia de Dios, *en Cristo;* rindiéndote para poder llevar más fruto tal como pide el Labrador, *en Cristo.* Y ora mucho por la revelación del misterio de que todo el amor y poder de Dios que hay en Cristo está obrando en ti también. «Yo soy la Vid de Dios», dice Jesús; «todo lo que soy lo tengo de El; todo lo que soy es para ti; Dios quiere obrar en ti».

* * *

Yo soy la Vid. Bendito Dios, di Tú esta palabra en mi alma. Entonces sabré que toda tu plenitud es para mí. Y que yo pueda contar contigo para que me lo des, y que mi permanecer sea sosegado y seguro cuando me olvido de mí mismo, en la fe de que la Vid me sostiene y provee a todas mis necesidades.

11
VOSOTROS SOIS LAS RAMAS

Yo soy la Vid, vosotros las ramas. Juan 15:5

CRISTO YA HA DICHO mucho de la rama; ahora viene la aplicación personal: «Vosotros sois las ramas de que he estado hablando. Yo soy la Vid, ocupada en suplir todas las necesidades de las ramas, de modo que ahora te pido, en la nueva dispensación del Espíritu Santo que os he prometido, que aceptes el lugar que te ofrezco y seas una de mis ramas en la Tierra.» La relación que El trata de establecer es intensamente personal: todo depende de dos pequeñas

palabras: *Tú* y *Yo.* Y es para nosotros tan intensamente personal como lo fue para los primeros discípulos. Presentémonos ante nuestro Señor, hasta que nos hable a cada uno en poder y toda nuestra alma sienta: «Yo soy la Vid; tú eres una rama.»

Querido discípulo de Jesús, por débil y joven que seas, oye la voz: «Tú eres una rama.» No eres nada menos. Que la falsa humildad, o el temor de sacrificarte, o las dudas respecto a tus sentimientos no te impidan decir: «Yo soy y seré una rama, con todo lo que significa —una rama, muy débil, pero tan semejante a la Vid como pueda serlo, porque soy de la misma naturaleza y recibo el mismo espíritu. Una rama, incapaz e invalida, y, con todo, puesta aparte ante Dios y los hombres, entregada por completo a la tarea de dar fruto, como la misma Vid. Una rama, es decir, nada en mí mismo, y, sin embargo, descansando y regocijándome en la fe que sabe que El proveerá todo lo necesario. Sí, por su gracia, no seré otra cosa que una rama, y todo lo que El quiere que sea una rama para que, a través de mí, El pueda llevar su fruto.»

Tú eres la rama. — No tienes que ser nada más. No tienes que tomar la responsabilidad de la Vid ni un momento. No debes dejar tu actitud de dependencia total y de confianza sin límites. Lo menos que debes hacer es estar ansioso respecto a cómo entender el misterio, o cumplir las condiciones, o trabajar este bendito objetivo. La Vid te dará lo que necesites y lo hará todo. El Padre, el Labrador, observa tu unión y tu crecimiento en la Vid. No tienes que ser nada más que una rama. Este debe ser tu lema; te conducirá al camino de la entrega total a la obra de Cristo,

a la verdadera obediencia de cada orden suya, a la gozosa expectativa de toda su gracia.
Hay alguien que pregunta: «¿Cómo puedo aprender a decir sin más: "¡Sólo una rama!" y vivir en consecuencia?» Querida alma, el carácter de una rama, su fuerza y el fruto que lleva depende enteramente de la Vid. Y tu vida como rama depende enteramente de tu captación de lo que es nuestro Señor. Por tanto, no te separes nunca de estas dos palabras: «Yo soy la Vid — tú eres una rama.» Tu vida y tu fuerza y tu fruto dependen de lo que es Jesús. Por tanto, adórale y confía en El; déjale que sea tu deseo y la ocupación de tu corazón. Y cuando sientas que no le conoces y no le puedes conocer por completo, recuerda que el dársete a conocer es parte de su responsabilidad. El no lo hace de modo intelectual, en pensamientos y conceptos, no; sino en el crecimiento real escondido dentro de la vida que humilde y sosegadamente se ha entregado y espera en El. La Vid se revela en la rama; de allí viene el crecimiento y el fruto; Cristo mora y obra dentro de la rama; sé sólo una rama, espera en El para que lo haga todo. El Padre, el divino Labrador, puede hacer de ti una rama digna de la Vid celestial. No le causarás disgusto.

* * *

Vosotros sois las ramas. ¡Esta palabra también. Señor! Oh, dímela con poder a mi alma. Que la rama de la vid terrestre no me avergüence, sino que, como ella, yo viva en la Tierra sin otro deseo u objetivo que el conseguir que Tú des fruto, oh Señor, a través de mí.

12
MUCHO FRUTO

El *que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto.*
Juan 15:5

NUESTRO SEÑOR ha hablado de fruto, más fruto. Ahora añade otra idea: mucho fruto. Hay en la vid una tal plenitud que el requerir mucho fruto no es una exigencia, sino que es una simple promesa de lo que ocurre a la rama que vive en este doble permanecer: él en Cristo, y Cristo en él. «Este lleva mucho fruto.» Es cierto.

¿Habéis notado la diferencia en la vida cristiana entre la obra y el fruto? Una máquina puede hacer trabajo; sólo una vida puede llevar fruto. Una ley puede obligar a trabajar; sólo el amor puede dar fruto espontáneamente. El trabajo implica esfuerzo y tarea: la idea esencial del fruto es que es un producto natural reposado de nuestra vida interior. El jardinero puede trabajar para dar a su manzano los cuidados que necesita; pero él no puede producir una manzana: el árbol trae el fruto. Del mismo modo en la vida cristiana: «El fruto del Espíritu es amor,
paz, gozo.» La vida sana lleva mucho fruto. La relación entre la obra y el fruto se ve mejor, quizá, a partir de la expresión «llevando fruto en toda buena obra» (Colosenses 1:10). Sólo cuando las buenas obras proceden de la actividad del Espíritu son aceptables a Dios. Bajo la obligación de la ley y la conciencia, o bajo la influencia de la inclinación y el celo, los hombres pueden mostrarse muy diligentes en buenas obras y encontrar que el resultado espiritual es muy pequeño. La razón es sólo una: que sus

obras son el resultado del esfuerzo humano, en vez de ser el fruto el Espíritu, el resultado natural y sosegado de la operación del Espíritu en nosotros. Que todos los obreros vengan y escuchen cómo nuestra santa Vid revela la ley de cómo dar fruto seguro y abundante: «El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto.» El jardinero cuida de una cosa: la vida fuerte y sana del árbol; el fruto sigue de un modo natural. Si quieres llevar fruto, procura que tu vida interior sea perfectamente recta, que tu relación con Cristo Jesús sea clara e íntima. Empieza cada día con El por la mañana, para saber de verdad que estás permaneciendo en El, y El en ti. Cristo dice que sólo esto puede satisfacer. No es el que seas más diligente, corras o te esfuerces sino «por mi Espíritu, dice el Señor». Haz frente a cada nueva obligación, empieza cada nueva empresa con el oído y el corazón atento a la voz del Maestro: «El que permanece en mí, éste lleva mucho fruto.» Preocúpate del permanecer; El cuidará del traer fruto.

Hermano, es Cristo que debe serlo todo. La vid proporciona la savia, la vida y la fuerza; la rama espera, recibe y lleva fruto. ¡Oh, qué bienaventuranza ser sólo ramas por las cuales fluya el Espíritu y así dar la vida de Dios a otros hombres!

Te ruego que pidas al Espíritu Santo que te ayude a comprender el lugar solemne que ocupas en la mente de Dios. El te ha plantado en su Hijo con la vocación y el poder de traer *mucho fruto.* Acepta esta posición. Mira siempre hacia Dios y hacia Cristo y espera con gozo que Dios haya planeado hacerte una rama fructífera.

* * *

¡Mucho fruto! Así sea, bendito Señor Jesús. Puede ser, porque Tú eres la Vid. Será, porque yo estoy permaneciendo en Ti. Debe ser, porque el Padre es el Labrador que poda y cuida la rama. Sí, mucho fruto, procedente de la abundancia de tu gracia.

13
NADA PODÉIS HACER

Separados de mí nada podéis hacer. Juan 15:5

LA VIDA DE LA RAMA debe ser en todo una duplicación de la de la Vid. Jesús dijo de si mismo: «El Hijo no puede hacer nada por su cuenta.» Como resultado de su entera dependencia, pudo añadir: «Todo lo que hace el Padre, el Hijo también lo hace.» Como Hijo no recibió su vida del Padre una vez para siempre, sino momento tras momento. Su vida fue un continuo esperar en el Padre en todo lo que tenía que hacer. Y, así, Cristo dijo a sus discípulos: «Sin mí nada podéis hacer.» Y literalmente quiere decir esto. A todo aquel que quiere vivir una vida de verdadero discipulado y llevar fruto y glorificar a Dios le llega el mensaje: «No podéis hacer nada.» Lo dicho antes —«El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto»— se refuerza aquí con el más sencillo y fuerte comentario: «Permanecer en mí es indispensable, porque, como sabéis, vosotros no podéis hacer nada para mantener o llevar una vida celestial.» En la misma raíz de una vida espiritual fuerte se halla la profunda convicción de la verdad de estas palabras. De la misma manera que no puedo crear nada por

mí mismo, o levantar un muerto y devolverle la vida, no puedo darme a mí mismo vida divina. Así como no puedo darme vida divina, tampoco puedo mantenerla o aumentarla; todo movimiento es la obra de Dios por medio de Cristo y su Espíritu. En la medida en que un hombre cree esto tomará la posición de dependencia total y continua, que es la verdadera esencia de la vida de fe. Con el ojo espiritual ve a Cristo en todo momento proporcionándole gracia para cada aliento y cada progreso en su vida espiritual. Todo su corazón dice «Amén» a la Palabra: «No podéis hacer nada.» Y porque lo dice, puede también decir: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.» Este sentimiento de invalidez y de permanecer que le impulsa le lleva a dar verdadero fruto y a la diligencia en las buenas obras.

¡Sin mí nada podéis hacer sino rogar y llamar para permanecer en Cristo en todo momento! Sólo tenemos que regresar a la vid para ver lo verdadero que es esto. Miremos otra vez la ramita, inválida y sin fruto, a menos que reciba savia de la vid, y aprendamos que la plena convicción de no poder hacer nada aparte de Cristo es lo que necesitamos para permanecer en la vid celestial. Este es el gran sentido de la poda de que habló Cristo: todo el yo debe ser humillado para que tengamos confianza sólo en Cristo. *«Permaneced en mí»* —¡mucho fruto! *«Sin mí»* —¡nada! ¿Puede caber todavía alguna duda sobre cuál debemos preferir?

La lección de la parábola es: de la misma manera y con la misma naturalidad que la rama permanece en la vid, *vosotros podéis permanecer en Cristo.* Por-

que por esto es la verdadera Vid; por esto Dios es el Labrador; por esto tú eres una rama. ¿No pediremos a gritos a Dios que nos libre para siempre de la posibilidad de este «Sin mí» y haga del «permaneced» una realidad ininterrumpida? Que tu corazón se acoja a Cristo, a lo que El puede hacer, a su divino poder, a su tierno amor para cada una de las ramas, y di con confianza creciente: «¡Señor! Yo permanezco; llevaré mucho fruto. Mi impotencia es mi fuerza. ¡Amén! Aparte de Ti, nada. En Ti, mucho fruto.»

* * *

Sin mí, nada. Señor, acepto de buen grado esta disposición: Yo, nada; Tú, todo. Mi nulidad es mi mayor bendición, porque Tú eres la Vid, que lo das todo y lo haces todo. ¡Así sea. Señor! Yo, nada, esperando en tu plenitud. ¡Señor, revélame la gloria de esta vida bienaventurada!

14
LAS RAMAS SECAS

El que en mí no permanece, es echado fuera como rama, y se seca, y los recogen, y las echan en el fuego, y arden. Juan 15:6

LAS LECCIONES que nos enseñan estas palabras son muy simples y muy solemnes. Un hombre puede llegar a tal relación con Cristo, que se considera como parte suya, y sin embargo puede ser echado. Puede que no haya tal permanecer en Cristo y el resultado de ello es ser echado y arder. Existen ramas secas, ramas que tenían una unión inicial con Cristo, al parecer, y en las cuales se ve que esta

fe fue sólo algo temporal. ¡Qué llamada solemne para que observemos si somos ramas secas en nuestras iglesias, para examinarnos y ver si estamos permaneciendo y dando fruto! Y ¿cuál puede ser la causa de este «no permanecer»? Para algunos se trata de que nunca han entendido que la vocación cristiana conduce a la santa obediencia y al servicio en amor. Se contentaban con la idea de que habían creído y estaban a salvo del infierno; no había ni motivo ni poder para permanecer en Cristo: no sabían nada de la necesidad de ello. Para otros fueron los cuidados de este mundo, su prosperidad lo que ahogó la Palabra: no lo habían dejado todo para seguir a Cristo. Para otros, todavía, fue que su religión y su fe estaban en la sabiduría de los hombres y no en el poder de Dios. Confiaban en los medios de gracia, o en su propia sinceridad, o en la solidez de su fe en la gracia justificadora; nunca habían llegado a buscar un permanecer total en Cristo como su única seguridad. No es de extrañar que, cuando soplaron los vientos ardientes de la tentación o de la persecución, se marchitaran: no tenían sus raíces verdaderamente en Cristo.

Abramos los ojos y veamos si hay ramas secas alrededor nuestro en las iglesias. Jóvenes cuyas profesiones de fe habían sido brillantes pero que se han enfriado. O viejos que han retenido su profesión pero en los cuales ha muerto la vida espiritual que una vez apareció en ellos. ¡Que los ministros y los creyentes tomen en serio las palabras de Cristo y vean y pidan al Señor si se puede hacer algo para las ramas que empiezan a secarse! Y que la palabra *permaneced* suene por toda la Iglesia hasta que cada creyente se agarre a ella, no como garantía, sino en un

verdadero permanecer en Cristo.
Que cada uno de nosotros mire hacia dentro. ¿Es nuestra vida lozana, verde, vigorosa y que da fruto en la estación debida? (Véanse Salmos 1:3; 92:13, 14; Jeremías 17:7, 8.) Aceptemos cada aviso con la mente alerta, y que Cristo, al decirnos «si no permanecéis», nos impulse al «permaneced en mí». Si mi alma es recta, el secreto de permanecer me parecerá cada vez más simple, como el darme cuenta del lugar en que Dios me ha puesto; será algo así como el descanso de un niño mi unión con El y la confiada seguridad de que me guarda. ¡Oh, creamos que hay una vida en la cual no existe el marchitarse, que es siempre verde, y que da fruto en abundancia!

* * *

¡Marchitado! Padre, vigílame, guárdame, y que nada ni un instante sea obstáculo para la lozanía que me viene de permanecer en la Vid. Que cada pensamiento sobre una rama seca me llene de terror y de cuidado.

15
TODO LO QUE QUERÁIS

Si permanecéis en mí, *y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y os será hecho.* Juan 15:7

EL LUGAR de la rama en la vid es un lugar de oración incesante. Sin cesar la rama está diciendo: «Oh Vid, envía la savia que necesito para dar tu fruto.» Y sus oraciones nunca quedan por contestar: pide lo que necesita, lo que

quiere, y es hecho.
La vida saludable de un creyente en Cristo es igualmente una vida de oración incesante. Consciente o inconscientemente, vive en estado de dependencia continua. La Palabra de su Señor: «No podéis hacer nada» le ha enseñado que su pedir y recibir debe ser continuo, como es sin interrupción su continuidad en la vid. La promesa de nuestro texto le da una audacia sin límites: «Pedid todo lo que queráis y os será hecho.»
La promesa se da en relación directa con el dar fruto. Si se intenta limitar la promesa a uno mismo y a las propias necesidades, se le quita el poder; se la desvirtúa, y con ello uno no puede apropiársela. Cristo estaba enviando a los discípulos, y ellos estaban dispuestos a dar su vida por el mundo; El les puso a su disposición los tesoros de los cielos. Sus oraciones habían de traer al Espíritu y el poder que necesitaban par su obra.
La promesa se da en relación directa con la venida del Espíritu. El Espíritu no se menciona en la parábola, de la misma manera que no se menciona la savia de la vid. Pero las dos se entienden a lo largo de la misma. En el capitulo que precede a la parábola, el Señor ha hablado del Espíritu Santo en relación con su vida interior, como estando en ellos y revelándose a Sí mismo en ellos (Juan 14:15-23). En el capítulo siguiente Cristo habla del Espíritu Santo en relación con su obra, que irá a ellos, redargüirá al mundo y le glorificará a El (Juan, 16:7-14). Para que podamos disponer de las promesas ilimitadas de la oración, debemos ser cristianos llenos del Espíritu, y totalmente entregados a la obra y la gloria de Jesús. El Espíritu nos conducirá a la

verdad de su significado y la certeza de su cumplimiento.
Tenemos que hacernos cargo de que sólo podemos cumplir con nuestra vocación de llevar mucho fruto orando mucho. En Cristo se hallan escondidos todos los tesoros que necesitan los hombres que nos rodean: en El son bendecidos todos los hijos de Dios con bendiciones espirituales; El está lleno de gracia y de verdad. Pero se necesita oración, mucha oración, oración de fe, para hacer descender estas bendiciones. Y recordemos también que no podemos apropiarnos la promesa sin una vida entregada a los hombres. Muchos tratan de apropiarse la promesa y luego miran a ver qué es lo que pueden pedir. Esta no es la manera, sino exactamente lo opuesto. Hay que tener el corazón abrumado por la necesidad de almas y la orden de salvarlas, y el poder vendrá para reclamar la promesa.
Reclamémosla como una de las revelaciones de nuestra maravillosa vida en la Vid; Cristo nos dice que si pedimos en su nombre, en virtud de nuestra unión con El, todo lo que pidamos nos será hecho. Las almas perecen porque hay poca oración. Los hijos de Dios son débiles porque hay poca oración. Llevamos poco fruto porque hay poca oración. La fe de esta promesa nos haría fuertes para orar; no descansemos hasta que hayamos entrado en nuestro propio corazón y nos hayamos unido al poder de Dios para continuar y trabajar y esforzarnos en oración hasta que venga la oración en poder. El ser una rama significa no sólo dar fruto en la Tierra, sino también poder en la oración para hacer descender bendiciones del Cielo. El permanecer plenamente significa orar mucho.

* * *

Pedid todo lo que queráis. Oh mi Señor, ¿por qué nuestros corazones son tan poco capaces de aceptar estas palabras en su divina simplicidad? ¡Ayúdame a ver que lo que necesitamos para vencer los poderes del mundo y de Satán es nada menos que esta promesa! Enséñanos a orar en la fe de esta promesa.

16
SI PERMANECÉIS

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis, y os será hecho.
Juan 15:7

LA RAZÓN por la que la Vid y sus ramas son una parábola tan verídica de la vida cristiana es que toda naturaleza tiene una sola fuente y alienta un mismo espíritu. El mundo vegetal fue creado para dar al hombre una lección objetiva de entera dependencia ante Dios, y su seguridad en esta dependencia. El viste los lirios mucho mejor que a nosotros. El que da a los árboles y a las parras su belleza y su fruto, haciendo de cada uno aquello que debe ser, mucho más hará de nosotros lo que debemos ser. La única diferencia es que Dios obra en los árboles con un poder del que ellos no son conscientes. El quiere trabajar en nosotros con nuestro consentimiento. En esto consiste la nobleza del hombre, que tiene una voluntad que puede cooperar con Dios para entender, aprobar y aceptar lo que El se ofrece para hacer. *Si permanecéis.* — Aquí se halla la diferencia entre la rama natural y la rama de la Vid espiritual. La primera

permanece por fuerza natural; la segunda permanece, no por fuerza de la voluntad, sino por un poder divino dado por el consentimiento de la voluntad. Esta es la maravillosa provisión hecha por Dios: que no lo que el poder de la Naturaleza hace en un caso, lo hace el poder de la Gracia en el otro. La rama puede permanecer en la Vid.

Si permanecéis en mí... pedid todo lo que queráis. — Si hemos de vivir una verdadera vida de oración, con el amor y el poder y la experiencia de la oración en ella, no debe haber duda alguna respecto a este permanecer. Y si permanecemos, no debe haber ninguna duda acerca de la libertad de pedir y la certeza de que será hecho. Hay una condición, sin embargo: «Si permanecéis en mí.» No debe haber duda acerca de la posibilidad o la certeza de la respuesta. Hemos de contemplar esta ramita y su maravilloso poder de traer hermoso fruto, hasta que aprendamos verdaderamente a permanecer.

Y ¿cuál es este secreto? El ocuparnos totalmente en Jesús. Hunde tus raíces en la fe y amor y obediencia a El. Sal de cualquier otro sitio para permanecer aquí. Renuncia a todo por el privilegio inconcebible de ser una rama, en la Tierra, del Hijo de Dios glorificado en el Cielo. Que Cristo sea el primero. Que Cristo lo sea todo. No te ocupes de permanecer, ocúpate de Cristo. El te sostendrá, El te guardará y te hará permanecer en El. El residirá en ti.

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros. — Esto nos lo da como equivalente de la otra expresión: «Yo en vosotros. Si mis palabras habitan en vosotros»; esto es, no sólo en la meditación, recuerdo, amor, en fe —todo esto es necesario—, sino, sobre todo, en

la obediencia. Si estas palabras entran en tu voluntad, en tu ser y constituyen tu vida; si transforman tu carácter en semejanza al suyo; si tú pasas a ser y hablar y significar: pide todo lo que quieras, que te será hecho. Tus palabras a Dios en oración serán el fruto de Cristo y sus palabras viviendo en ti.

Pide todo lo que quieras y te será hecho. — Cree en la verdad de esta promesa. Hazte un intercesor para otros, un intercesor que da fruto, siempre reclamando más bendición. Esta fe y esta oración te ayudarán maravillosamente a permanecer de modo total e incesante.

* * *

Si permanecéis. Sí, Señor, el poder de orar y el poder de prevalecer han de depender del permanecer en Ti. Como Tú eres la Vid, Tú eres el divino Intercesor, que alientas tu espíritu en nosotros. ¡Oh, que pueda poseer la gracia de permanecer simplemente y totalmente en Ti, y pedir grandes cosas!

17
EL PADRE ES GLORIFICADO

En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis, así, mis discípulos. Juan 15:8

¿CÓMO PODEMOS glorificar a Dios? No podemos añadir a su gloria o llevar a El alguna gloria nueva que El no tenga ya. Simplemente, permitiendo que su gloria brille en nosotros, rindiéndonos por completo a El, para que su gloria pueda

manifestarse en nosotros y, a través de nosotros, al mundo. En una viña o en una vid que lleva mucho fruto, el labrador es glorificado, y habla de su experiencia y cuidado. En un discípulo que lleva mucho fruto, el Padre es glorificado. Ante los hombres y los ángeles se da prueba de la gloria de la gracia de Dios y de su poder; la gloria de Dios brilla a través de esta persona.

Esto es lo que Pedro quiere decir cuando escribe: «El que ministra, que ministre según la habilidad que Dios le ha dado, para que Dios pueda ser glorificado en todas las cosas por medio de Jesucristo.» Como el hombre trabaja y sirve con un poder que le viene de Dios solamente, hay que dar a Dios toda la gloria. Cuando confesamos que nuestra capacidad viene sólo de Dios, que El hace la obra y los otros lo ven, glorificamos igualmente a Dios. Fue Dios quien lo hizo. Los hombres juzgan por el fruto de un huerto la habilidad del hortelano. Los hombres juzgan a Dios por el fruto que llevan las ramas de la Vid que El ha plantado. Si hay poco fruto damos poca gloria a Dios. No damos honor a la Vid ni al Labrador. «Que llevéis mucho fruto, en esto es glorificado mi Padre.»

Hemos lamentado a veces nuestra falta de fruto como una pérdida para nosotros mismos y nuestros prójimos, quejándonos de nuestra debilidad como la causa. Pensemos más bien en el pecado y la vergüenza del poco fruto, como robando a Dios la gloria que debería recibir de nosotros. Aprendamos el secreto de llevar gloria a Dios, sirviendo en la capacidad que El nos da. La aceptación plena de la Palabra de Cristo: «Sin mí nada podéis hacer»; la fe simple en Dios, que lo hace todo en todos; el permanecer en Cristo,

a través del cual el divino Labrador hace su obra y consigue mucho fruto: todo esto es la vida que da gloria a Dios.

Mucho fruto. — Dios lo pide, procuremos dárselo. Dios no puede estar contento con menos; tú no debes contentarte con menos. Que estas palabras de Cristo —fruto, más fruto, mucho fruto— permanezcan en ti hasta que tú pienses como El; y te prepares para aceptar de El —la Vid celestial— lo que tiene para ti. Mucho fruto: en esto es mi Padre glorificado. Que lo elevado de la requisitoria te sirva de aliento. Está tan por encima de nuestro poder, que nos echa de rechazo enteramente en los brazos de Cristo, nuestra verdadera Vid. El puede hacerlo, El lo hará verdadero en ti.

Mucho fruto. — Dios lo pide porque lo necesita. El no pide fruto de las ramas de su Vid para ostentación, para mostrar lo que puede hacer. No; El necesita el fruto para salvación de los hombres; es en esto que es glorificado. Lánzate en oración a la Vid y al Labrador. Clama a Dios y que tu Padre te dé el fruto para traer a otros. Acepta la carga de los hambrientos, los que perecen, como hizo Jesús cuando fue movido a compasión, y tu poder en la oración, en el permanecer y el llevar mucho fruto para la gloria del Padre tendrá una realidad y una certeza que no has conocido antes.

* * *

El Padre glorificado. Bendita idea. Bendita perspectiva. Dios es glorificado en mí, por el fruto que muestra su bondad y su poder en lo que obra en mí y por medio de mí. ¡Qué

incentivo para llevar más fruto, tanto como El haga en mí! Padre, glorifícate a Ti mismo en mí.

18
VERDADEROS DISCÍPULOS

En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis, así, mis discípulos. Juan 15:8

¿No SON DISCÍPULOS aquellos que no llevan mucho fruto? Puede que lo sean, pero en un estadio inmaturo y atrasado. De los que llevan mucho fruto, Cristo dice: «Estos son mis discípulos, tales como yo los deseo: éstos son mis verdaderos discípulos.» De la misma manera que cuando vemos a un hombre apuesto y varonil decimos: «¡Qué hombre!», nuestro Señor nos dice qué tipo y características tienen los discípulos que El quiere y son dignos de su nombre: aquellos que llevan mucho fruto. Encontramos que la palabra discípulo se usa en dos sentidos en el Evangelio. A veces se aplica a todos los que han aceptado las enseñanzas de Cristo. En otras ocasiones se incluye sólo el círculo íntimo de aquellos que siguen a Cristo de modo total, que se han entregado a su entrenamiento para el servicio. Esta diferencia ha existido a través de las edades. Siempre ha habido un número más reducido del pueblo de Dios que ha procurado servirle con todo su corazón, mientras que la mayoría se han contentado con una medida muy pequeña del conocimiento de su gracia y su voluntad.

Y ¿cuál es la diferencia entre este pequeño círculo y los

muchos que no procuran conseguir ser admitidos en él? Vemos que se halla en las palabras: *mucho fruto.* En muchos cristianos, el objetivo principal, si no único, de su religión es el de la seguridad personal, el cual, al despertar, es ciertamente legítimo. La idea de servicio y de fruto es en ellos siempre secundaria y muy subordinada. El deseo ardiente de dar mucho fruto no les preocupa. Las almas que han oído la llamada para vivir santamente para su Señor, de dar su vida por El como El la dio para ellos, nunca pueden satisfacerse con esto. Su deseo es llevar tanto fruto como pueden, tanto como el Señor puede desear o darles.

Que llevéis mucho fruto, y seáis, así, mis discípulos. — Desearía que cada lector considerara estas palabras de modo serio. No os contentéis con la idea de hacer un poco más de trabajo, o más trabajo, de un modo progresivo y gradual. Tomad las palabras *mucho fruto* como la revelación de la Vid celestial de lo que debéis ser, de lo que podéis ser. Aceptad plenamente la imposibilidad, la completa locura de intentar una cosa semejante en vuestras propias fuerzas. Que las palabras os despierten a considerar de nuevo la Vid y empezar a vivir su plenitud en vosotros. Que os despierten una vez más a la fe y la confesión: «Yo soy una rama de la verdadera Vid; puedo llevar mucho fruto para su gloria, y la gloria del Padre.»

No tenemos por qué juzgar a otros. Pero vemos por todas partes en la Palabra de Dios que hay dos clases de discípulos. Que no haya vacilaciones en cuanto al lugar en que nos situamos. Pidamos a Dios que nos revele la forma en que reclama una vida dada por completo a El, para que esté tan llena de su Espíritu como El puede llenarla. Que

nuestro deseo no sea en nada inferior a una poda perfecta, un permanecer ininterrumpido, una comunión íntima, fruto abundante: verdaderas ramas de la verdadera Vid.
El mundo perece, la iglesia fracasa, la causa de Cristo sufre; Cristo está agraviado por la falta de cristianos entregados, que lleven mucho fruto. Aunque apenas puedas ver lo que implica o cómo ha de tener lugar, dile que tú eres una rama que quiere llevar mucho fruto; que tú estás dispuesto a ser su discípulo en el sentido que El da a la palabra.

* * *

Mis discípulos. Bendito Señor, el dar mucho fruto es la prueba de que Tú. La verdadera Vid, tienes en mí una rama verdadera, un discípulo totalmente a tu disposición. Dame, te ruego, la confianza y seguridad de un niño de que mi fruto te agrada, y que lo consideras mucho fruto.

19
EL AMOR MARAVILLOSO

Así como el Padre me ha amado, también yo os he amado; permaneced en mi amor. Juan 15:9

AQUÍ CRISTO DEJA el lenguaje alegórico de la parábola y nos habla de un modo directo del Padre. Por más que la parábola nos puede enseñar mucho, no puede enseñar la lección del amor. Todo lo que la vid hace por la rama, lo hace bajo la compulsión de una ley natural: no hay amor personal vivo en la rama. Estamos en peligro de mirar a Cristo como Salvador, proveedor de toda necesidad, designado por Dios, aceptado por nosotros, que tenemos

confianza en El, sin tener ningún sentido del intenso afecto personal con el cual Cristo nos abraza, y que sólo en El nuestra vida puede encontrar felicidad.

Y ¿cómo lo hace? Nos conduce otra vez a Sí mismo para mostrarnos cuan idéntica es su propia vida a la nuestra. Como el Padre le amó, lo mismo nos ama El a nosotros. Su vida como Vid dependió del Padre, una vida en el amor del Padre; este amor fue su fuerza y su gozo; en el poder de este amor divino, descansando en El, vivió y murió. Si hemos de vivir como El, como ramas y ser verdaderamente como la Vid, hemos de participar en <todo esto también. Nuestra vida debe tener su aliento y su ser en un amor celestial, como la suya. Lo que el amor del Padre fue para El, debe ser para nosotros. Si este amor le hizo la Vid verdadera, su amor debe hacernos a nosotros verdaderas ramas. «Como el Padre me ha amado, también yo os he amado.»

Como el Padre me ha amado. — Y ¿cómo le amó el Padre? El amor de Dios a Cristo fue el infinito deseo y deleite de Dios de comunicar al Hijo todo lo que El tenía, de poner al Hijo en una completa igualdad con El mismo, de vivir en el Hijo y de que el Hijo viviera en El. Es un misterio de gloria del cual no podemos hacernos idea; sólo podemos inclinarnos y adorar cuando tratamos de pensar en él. Y con este amor, con este mismo amor, Cristo desea, con deseo y deleite infinitos, comunicarnos a nosotros todo lo que El es y tiene, hacernos partícipes de su propia naturaleza y bendición, vivir en nosotros y que nosotros vivamos en El.

Y ahora, si Cristo nos ama con un amor tan infinito, tan

intenso, tan divino, ¿qué es lo que impide que triunfe sobre cualquier obstáculo y obtenga plena posesión de nosotros? La respuesta es simple. Lo mismo que el amor del Padre a Cristo es un misterio divino, el de Cristo a nosotros es demasiado elevado para nuestra comprensión o para que lo consigamos por medio de esfuerzo alguno. Sólo el Santo Espíritu puede derramar y revelar en todo su poder, sin interrupción, este maravilloso amor de Dios en Cristo. Es la misma vid que debe dar a la rama su crecimiento y fruto enviándole su savia. Es Jesucristo mismo quien debe vivir en nuestro corazón por medio del Espíritu Santo; entonces conoceremos y tendremos en nosotros el amor que sobrepasa todo conocimiento.

Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado. — ¿No nos acercaremos al amante Jesús, no confiaremos en El y se lo cederemos todo a El, para que El pueda concedernos este amor suyo? Como El conoció el amor del Padre y se regocijó en él en todo momento, nosotros también podemos vivir teniendo presente constantemente que «como el Padre le amó, El nos ama a nosotros».

* * *

Como el Padre me ha amado, también yo os he amado. Señor, estoy empezando a comprender en qué manera la vida de la Vid ha de ser exactamente también la de la rama. Tú eres la Vid, porque el Padre te amó y derramó su amor a través de ti. Y, por tanto, Tú me amas, y mi vida como rama ha de ser como la tuya, un recibir y dar el amor celestial.

20
PERMANECED EN MI AMOR

Así como el Padre me ha amado, también yo os he amado; permaneced en mi amor. Juan 15:9

PERMANECED EN MI AMOR. — Hablamos del hogar de un hombre como de su morada, el lugar donde mora, permanece. Nuestra morada, el hogar de nuestra alma, ha de ser el amor de Cristo. Hemos de vivir nuestra vida allí, para que sea nuestro hogar todo el día: esto es lo que quiere Cristo que sea nuestra vida, y en realidad hace que lo sea. Nuestro permanecer continuamente en la Vid ha de ser un permanecer en su amor.

Probablemente habéis leído y oído hablar de lo que se llama la vida elevada o profunda, una vida espiritual más plena y abundante. Y posiblemente sabéis que algunos han hablado de un cambio maravilloso, por medio del cual su vida de continuo fracaso y tropiezos había sido cambiada en una bendita experiencia, de ser guardado, fortalecido y satisfecho. Si preguntáis a estas personas cómo les llegó esta bendición, muchos os contestarán algo tan simple como: Se convencieron de que este permanecer en el amor de Cristo se decía muy en serio, que podía ser una realidad, y ellos estaban dispuestos a renunciar a todo para conseguirlo, y esto les permitió confiar en que Cristo lo haría una realidad en ellos.

El amor del Padre al Hijo no es un sentimiento: es una vida divina, una energía infinita, un poder irresistible. Sostuvo a Cristo durante su vida y su muerte hasta la tumba. El Padre amó al Hijo y moró en El y lo hizo todo por El. De igual

manera el amor de Cristo para nosotros es un poder vivo infinito que obrará en nosotros todos los deleites que El nos concede. La debilidad de nuestra vida cristiana es que no dedicamos tiempo a considerar que este amor divino se deleita realmente en nosotros y quiere poseernos y obrarlo todo en nosotros. No dedicamos tiempo a considerar cómo la Vid lleva la rama enteramente, obrándolo todo en ella, por completo. Nos esforzamos en hacer por nuestra cuenta lo que sólo Cristo puede hacer, lo que Cristo anhela hacer por nosotros.

éste es el secreto del cambio del cual hablábamos, y el comienzo de una nueva vida, cuando el alma ve este amor infinito que desea hacerlo todo y entonces se da a él. «Permaneced en mi amor.» El secreto de la verdadera vida cristiana es creer que podemos «permanecer en su amor», creer que podemos vivir en este amor momento tras momento, creer que todo lo que ofrece dificultades será vencido por Cristo mismo, creer que este amor realmente quiere entrar en nosotros totalmente y no abandonarnos nunca; es abandonarnos por fe en Cristo para que El lo obre todo en nosotros.

¿cómo podemos llegar a esta fe? Vuelve los ojos de las cosas visibles, si quieres ver y poseer las invisibles. Pasa más tiempo con Jesús, contemplándole como la Vid celestial, viviendo en el amor del Padre, deseando vivir en su amor. Vuélvete de ti mismo y de tus esfuerzos y de tu fe, si quieres tener el corazón lleno de El y de la certidumbre de su amor. El permanecer significa dejarlo todo y ocupar un lugar y quedarse allí. Déjalo todo y pon tu corazón en Jesús y su amor, que el amor

despertará tu fe y la fortalecerá. Ocúpate de este amor, adóralo, espera en él. Puedes estar seguro de que te alcanzará, y con su poder te llevará a él, para que sea tu morada y hogar.

***

Permaneced en mi amor. Señor Jesús, ya lo veo: fue tu permanecer en el amor del Padre que hizo de ti la Vid verdadera, con tu divina plenitud de amor y bendición para nosotros. Que, como rama, yo permanezca en tu amor, para que me llene su plenitud hasta que rebose.

21
OBEDECER Y PERMANECER

Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor.
Juan 15:10

EN NUESTRA MEDITACIÓN anterior se hizo referencia a la entrada en una vida de descanso y fuerza que ha tenido su origen en la comprensión profunda del amor personal de Cristo y en la seguridad de que el amor quería verdaderamente guardar el alma. En relación con esta transición, y la fe que la ve y la acepta, se usa con frecuencia la palabra entrega o consagración. El alma ve que no puede esperar el que este maravilloso amor la guarde, a menos que entre en una vida de entera obediencia. Ve también que la fe que puede confiar en Cristo para guardarla de pecar debe demostrar su sinceridad atreviéndose a confiar en que Cristo le dará fuerza para obedecer. En esta fe se atreve a renunciar a todo aquello

que la ha estorbado hasta el momento, y aun a prometer y esperar vivir una vida agradable a Dios.
Esta es la idea que tenemos ahora aquí, en la enseñanza del Salvador. Después de las palabras «Permaneced en mi amor» —dichas para indicar que es una necesidad vivir en su amor, porque es a la vez una posibilidad y una obligación—, Cristo afirma que la condición es ésta: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor.» Esto en manera alguna quiere decir que cierra la puerta a la presencia de su amor, que El acaba de abrir. De ninguna manera sugiere la idea de que como nosotros no podemos guardar sus mandamientos, no podemos permanecer en su amor. No; el precepto es una promesa: «Permaneced en mi amor» no puede ser un precepto si no es una promesa. Y, así, la instrucción con referencia a esta puerta abierta no indica un ideal inalcanzable; el amor que invita a este permanecer celestial extiende su mano y nos permite guardar los mandamientos. No temamos: se en la fuerza del Señor ascendido que tomamos el voto de obediencia y nos entregamos a guardar sus mandamientos. Por medio de su voluntad, querida y hecha, se halla el camino de su amor.
Sin embargo, hemos de entender bien lo que esto significa. Se refiere a la ejecución de todo lo que sabemos que es la voluntad de Dios. Puede haber cosas dudosas, de las cuales no estamos seguros. Pn pecado, aunque sea por ignorancia, todavía está marcado por la naturaleza del pecado. Puede haber pecados involuntarios, que aparecen en la carne, que no puede ser controlada o vencida por nosotros. Con respecto a ellos Dios los trata a su debido tiempo, escudriñándolos y humillándonos, y si somos sencillos y

fieles, dándonos una liberación más amplia de la que esperamos. Pero todo esto puede ser hallado en un alma verdaderamente obediente. La obediencia hace referencia a la observancia positiva de los mandamientos de nuestro Señor y a la ejecución de su voluntad en todo aquello en que la conocemos. Este es un grado posible de gracia, y de lo que habla aquí Cristo es de la aceptación de esta obediencia, en la fuerza de Cristo, como el propósito de nuestro corazón. La fe en Cristo como nuestra Vid, en su poder que nos capacita y santifica, nos hace aptos para esta obediencia de fe y nos asegura una vida de permanencia en su amor.

Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor. — Es la Vid celestial desplegando el misterio de la vida que El da. Es a aquellos que permanecen en El a quienes El descubre el secreto de permanecer plenamente en su amor. Es la entrega total de todo para hacer su voluntad que nos da acceso a una vida en que gocemos de modo permanente de su amor.

* * *

Obedecer y permanecer. ¡Señor de misericordia, enséñame esta lección: que es sólo sabiendo tu voluntad que puedo conocer tu corazón, y sólo haciendo esta voluntad que puedo permanecer en tu amor! ¡Señor, enséñame que es tan inútil el esforzarme por mi cuenta como es esencial y absolutamente indispensable el obrar de la fe, en tu fuerza, si permanezco en tu amor!

22
ASI COMO YO

Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Juan 15:10

MÁS DE UNA VEZ tuvimos ocasión de hablar de la perfecta semejanza entre la naturaleza de la vid y de la rama, y por tanto de sus objetivos. Aquí Cristo ya no habla en parábolas, sino que dice claramente cómo su propia vida es exactamente un modelo de la nuestra. Cristo había dicho que es sólo por la obediencia que podemos permanecer en su amor. Ahora nos dice que ésta era la manera en que El permanecía en el amor del Padre. Como la Vid, la rama. Su vida, su fuerza y su gozo habían sido en el amor del Padre: era sólo por medio de la obediencia que permanecía en El. Podemos hallar nuestra vida, fuerza y gozo en su amor todo el día, pero es sólo por medio de una obediencia como la suya que podemos permanecer en El. La perfecta conformidad a la Vid es una de las lecciones más preciosas de la rama. Fue por medio de la obediencia que Cristo, como Vid, honraba al Padre, el Labrador; fue por obediencia que el creyente, como rama, honra a Cristo, la Vid.

Obedecer y permanecer. — Esta era la ley de la vida de Cristo, tal como debe ser la de la nuestra. El fue hecho como nosotros en todas las cosas, para que nosotros pudiéramos ser como El en todas las cosas. El abrió un camino para que nosotros anduviésemos a lo largo del mismo como El anduvo. El tomó nuestra naturaleza para

enseñarnos a llevarla, y nos mostró cómo obedecer, que es el primer deber de la criatura, y la única manera de permanecer en el favor de Dios y entrar en su gloria. Y ahora viene a instruirnos y alentarnos, y nos pide que guardemos sus mandamientos, como El guardó los mandamientos de su Padre y permaneció en su amor.

La adecuación divina de esta relación entre obedecer y permanecer, entre los mandamientos de Dios y su amor, se ve fácilmente. La voluntad de Dios es el verdadero centro de su perfección divina. Tal como se revela en sus mandamientos, abre el camino a la criatura para crecer en la semejanza de su Creador. Al aceptar y hacer su voluntad, le levanta a la comunión con El. Por tanto, el Hijo, cuando vino a este mundo, dijo: «¡He venido a hacer tu voluntad, oh Dios!» Este era el lugar y ésta sería la bendición de la criatura. Esto es lo que habíamos perdido en la Caída. Esto era lo que Cristo vino a restaurar. Esto es lo que, como Vid celestial, nos pide y nos imparte, que como El guardó los mandamientos permaneciendo en su amor, nosotros guardemos sus mandamientos permaneciendo en su amor.

Así como Yo. — La rama no puede traer fruto a menos que tenga la misma naturaleza de la Vid. Nuestra vida ha de ser la duplicación exacta de la vida de Cristo. Puede serlo, en la medida en que creamos en El como Vid, impartiéndose, El mismo y su vida, en las ramas. «Así como Yo», dice la Vid; una ley, una naturaleza, un fruto. Aceptemos de nuestro Salvador la lección de obediencia como el secreto de permanecer. Confesemos que a la obediencia simple, implícita y universal se le ha concedido muy poco de la importancia que debería tener. Cristo murió por nosotros

cuando éramos sus enemigos, desobedientes. El nos aceptó en su amor; ahora que estamos en El, su Palabra es: «Obedeced y permanecer; como Yo.» Entreguémonos a querer y a amar la obediencia. El nos guardará permaneciendo en su amor.

* * *

Así como Yo. ¡Oh bendita Vid, que haces a la rama partícipe de tu vida y semejante en todo; en esto también debo ser como Tú: como fue tu vida en la del amor del Padre por medio de la obediencia, así también la mía en tu amor! Salvador, ayúdame, que mi obediencia pueda verdaderamente ser un lazo entre Tú y yo.

23
GOZO

Estas *cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.* Juan 15:11

Si ALGUIEN HACE la pregunta: «¿Cómo puedo ser un cristiano feliz?», nuestro Señor contesta de modo muy sencillo: «Estas cosas» —acerca de la Vid y la rama— «os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.» «No podéis tener mi gozo sin mi vida. Permaneced en mí, y dejadme permanecer en vosotros, y mi gozo estará en vosotros.» Toda vida saludable es una cosa de gozo y belleza; vive una vida contigua a Cristo, a la Vid; tendrás una vida de gozo en una medida rebosante.
Para muchos cristianos, la idea de una vida permaneciendo

totalmente en Cristo les parece un esfuerzo penoso. No pueden ver que el esfuerzo sólo ocurre cuando no nos entregamos sin reservas a la vida de Cristo en nosotros. Las primeras palabras de esta parábola no les han mostrado a los tales su significado: «Yo soy la Vid verdadera, y mi Padre es el Labrador; yo me cuido de todo y lo proveo todo; yo no pido nada a la rama, sino que se entregue por completo a mí y me deje ser él todo en ella. Yo cuido y procuro todo lo que la rama necesita y debe ser.» ¿No debería ser una fuente incesante de gozo el tener una Vid que obra así, y saber que el mismo Hijo bendito de Dios, en su amor, está en todo momento sosteniéndonos y dándonos vida?

Para *que mi gozo esté en vosotros.* — Hemos de tener el gozo de Cristo en nosotros. Y ¿qué es el gozo de Cristo? Cristo había acabado de hablar del amor del Padre y de su permanecer en El, y de que El nos amaba con el mismo amor. Su go2o no, es sino el gozo del amor, el ser amado y amar. Era el gozo de recibir el amor de su Padre, de permanecer en El, y después el gozo de pasar este amor y derramarlo entre los pecadores. Es de este gozo que quiere que participemos, el gozo de ser amados por el Padre y por El; el gozo de nosotros al amar a los que nos rodean y vivir para ellos. Este es el gozo de ser verdaderas ramas: permaneciendo en su amor y luego entregándonos a nosotros mismos en amor para dar fruto para otros. Aceptemos su vida, que El nos da en la Vid; su gozo será nuestro: el gozo de permanecer en su amor, el gozo de amar como El, de amar con su amor.

Para *que vuestro gozo sea cumplido.* — Para que sea

completo, esto es, estéis llenos de este gozo. Es triste que se nos tenga que recordar que sólo Dios es la fuente de todo gozo: «Dios, nuestro gozo preeminente»; ¡el único modo de ser perfectamente felices es tener tanto de Dios como sea posible: identificación con su voluntad; comunión con El tanto como sea posible! La religión ha de ser motivo de gozo es el Labrador; yo me cuido de todo y lo proveo todo; yo no pido nada a la rama, sino que se entregue por completo a mí y me deje ser él todo en ella. Yo cuido y procuro todo lo que la rama necesita y debe ser.» ¿No debería ser una fuente incesante de gozo el tener una Vid que obra así, y saber que el mismo Hijo bendito de Dios, en su amor, está en todo momento sosteniéndonos y dándonos vida?

Para *que mi gozo esté en vosotros.* — Hemos de tener el gozo de Cristo en nosotros. Y ¿qué es el gozo de Cristo? Cristo había acabado de hablar del amor del Padre y de su permanecer en El, y de que El nos amaba con el mismo amor. Su go2o no, es sino el gozo del amor, el ser amado y amar. Era el gozo de recibir el amor de su Padre, de permanecer en El, y después el gozo de pasar este amor y derramarlo entre los pecadores. Es de este gozo que quiere que participemos, el gozo de ser amados por el Padre y por El; el gozo de nosotros al amar a los que nos rodean y vivir para ellos. Este es el gozo de ser verdaderas ramas: permaneciendo en su amor y luego entregándonos a nosotros mismos en amor para dar fruto para otros. Aceptemos su vida, que El nos da en la Vid; su gozo será nuestro: el gozo de permanecer en su amor, el gozo de amar como El, de amar con su amor.

Para *que vuestro gozo sea cumplido.* — Para que sea completo, esto es, estéis llenos de este gozo. Es triste que se nos tenga que recordar que sólo Dios es la fuente de todo gozo: «Dios, nuestro gozo preeminente»; ¡el único modo de ser perfectamente felices es tener tanto de Dios como sea posible: identificación con su voluntad; comunión con El tanto como sea posible! La religión ha de ser motivo de gozo indecible en la vida diaria. Y ¿por qué se quejan tantos de que no lo es? Porque no creen que no hay gozo semejante al de permanecer en Cristo y su amor, ser ramas a través de las cuales El puede derramar su amor a un mundo que perece.

¡Oh, que la voz de Cristo pueda alcanzar el corazón de cada joven creyente y le persuada a creer que su gozo es el único gozo verdadero, que su gozo puede llegar a ser nuestro y llenarnos verdaderamente, y que la manera segura y simple de vivir en él es permanecer como ramas en El, nuestra Vid celestial! Que esta verdad penetre más profundamente en nosotros: en tanto que nuestro gozo no sea pleno, es señal de que todavía no conocemos debidamente nuestra Vid celestial; todo deseo de una vida más plena debe instigarnos a permanecer de modo más simple y completo en su amor.

* * *

Mi gozo, tu gozo. En esto también ocurre que: como la Vid, así es la rama; toda la Vid en la rama. Tu gozo es nuestro gozo —tu gozo en nosotros, y nuestro gozo es cumplido. Bendito Señor, lléname de tu gozo —el gozo de ser amado y bendecido con un amor divino; el gozo de amar y bendecir a otros.

24
AMAOS UNOS A OTROS

Este *es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como Yo os he amado.* Juan 15:12

Dios ES AMOR. Su naturaleza entera y su perfección es amor, vivir no para Sí, sino para dispensar vida y bendición. En su amor engendró a su Hijo para que pudiera entregarlo todo a El. En su amor creó a las criaturas para que pudiera hacerlas participar de su bendición.

Cristo es el Hijo del amor de Dios, el portador, revelador y comunicador de su amor. Su vida y muerte fueron todo amor. El amor es su vida, y la vida que da. El vive sólo para amar, para vivir su vida de amor en nosotros, para darse a sí mismo a todos los que le recibimos. El primer pensamiento de la Vid verdadera es amor: vivir sólo para impartir su vida a las ramas.

El Espíritu Santo es el Espíritu de amor. El no puede impartir la vida de Cristo sin impartir su amor. La salvación es el amor que nos conquista y entra en nosotros; tenemos salvación en tanto que tenemos amor. La salvación plena es el perfecto amor.

No es de extrañar que Cristo dijera: «Un nuevo mandamiento os doy»; «Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros.» La rama no sólo está unida —en amor— a la vid, sino unida a las otras ramas; todas ellas beben de un espíritu, forman un cuerpo y llevan un fruto. Nada es más natural que el que los cristianos se amen los unos a los otros, como Cristo los amó. La vida que recibieron de la Vid celestial es sólo amor. Esta es la cosa

que pide sobre toda otra: «En esto sabrán todos los hombres que sois mis discípulos...: amaos unos a otros.» Como cada variedad distinta de vid se distingue por el fruto que lleva, la naturaleza de la Vid celestial se juzga por el amor que los discípulos se tienen los unos a los otros.

Procurad obedecer este mandamiento. Que vuestro «obedeced y permaneced» se vean en esto. Amar a vuestros hermanos es la manera de permanecer en el amor al Padre. Que vuestro voto de obediencia empiece aquí. Amaos unos a otros. Que vuestra relación con los cristianos en vuestra propia familia sea santa, tierna, con amor cristiano. Que vuestros pensamientos acerca de los cristianos que os rodean, sean, ante todo, en el espíritu del amor de Cristo. Que vuestra vida y conducta sea un sacrificio de amor: el darse a pensar en sus pecados y sus necesidades, el interceder por ellos, el ayudarlos y servirlos. Sé en tu iglesia o círculo la personificación del amor de Cristo. La vida que Cristo vive en ti es amor; que la vida en que tú lo vives sea también amor.

Pero alguien dirá: «Es muy sencillo escribir todo esto, como si fuera tan natural, simple, fácil. ¿Es posible vivir así y amar así?» Mi respuesta es: Cristo lo mandó: debes obedecer. Cristo lo quiere: debes obedecer; debes obedecer o no puedes permanecer en su amor.

Pero ¡lo he intentado y he fracasado! No veo la posibilidad de vivir como Cristo. ¡Ah!, esto es porque has dejado de tomar la primera palabra de la parábola: «Yo soy la vid verdadera: te doy todo lo que necesitas como rama, te doy todo lo que tengo.» Deseo que el sentimiento de fracasos pasados y debilidad presente te lleve más aún a la Vid. El

es todo amor. El quiere dar. El te enseñará a amar, como El te ha amado.

* * *

Amaos unos a otros. Querido Señor Jesús: Tú eres todo amor; Tú diste tu vida por nosotros en amor; tu nuevo mandamiento y tu marca de discipulado es: «Amaos unos a otros.» Yo acepto este mandato: con el amor con que me amas, y yo te amo, amaré a mis hermanos.

25
COMO YO OS HE AMADO

Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como Yo os he amado. Juan 15:12

ESTA ES LA SEGUNDA VEZ que nuestro Señor usa la expresión «como yo». La primera vez fue en su relación con el Padre: guardar sus mandamientos y permanecer en su amor. De la misma manera nosotros hemos de guardar los mandamientos de Cristo, permanecer en su amor. La segunda vez habla de su relación con nosotros como la regla de nuestro amor a los hermanos: «Amaos unos a otros, como yo os he amado.» En cada caso su disposición y conducta ha de ser la ley para nosotros. Es una verdad en la que ya hemos insistido: la perfecta semejanza entre la Vid y la rama.

Como *Yo.* — Pero ¿no es vano imaginar que podemos guardar sus mandamientos y amar a los hermanos, como El guardó los mandamientos de su Padre y nos amó a nosotros? Y si lo intentamos, ¿no acabaremos fracasando y

desanimados? Sin duda, si buscamos llevar a cabo este mensaje con nuestra fuerza, o sin completa comprensión de la verdad de la Vid y sus ramas. Pero si entendemos que el «como Yo» es precisamente la más grande de las lecciones de la parábola, veremos que no se trata de lo que pensamos o sentimos que podemos hacer, sino de lo que Cristo puede hacer en nosotros. Estas grandes órdenes: «¡Obedeced, como Yo! ¡Amad, como Yo!» aparecen para hacernos comprender nuestra impotencia y con ello hacernos ver la necesidad, la belleza y suficiencia de lo que se nos provee por parte de la Vid. Empezaremos oyendo a la Vid, que dice constantemente a la rama: «Como Yo. Mi vida es tu vida, tú participas de mi plenitud; el Espíritu en ti, y el fruto que procede de ti, todo es mío. No tengas miedo, sino con fe acepta el "Como Yo" como la seguridad divina de que, viviendo yo en ti, puedes vivir como Yo.»

Pero ¿por qué, si éste es el significado de la parábola, si ésta es realmente la vida que la rama debe vivir, lo comprenden tan pocos? Porque no conocen el misterio celestial de la Vid. Conocen la parábola y que contiene hermosas lecciones. Pero el misterio espiritual escondido de la Vid en la divina omnipotencia y proximidad, proveyéndoles lo que necesitan en todo momento, esto no lo conocen porque no han esperado que el Espíritu de Dios se lo revele.

Amaos unos a otros, como Yo os he amado. — ¿Cómo vamos a empezar si realmente hemos de aprender un misterio? Con la confesión de que necesitamos ser llevados a un modo de vida enteramente nuevo, porque nunca hemos conocido a Cristo como la Vid en la plenitud de su

poder transformador y vivificador. Con la entrega para ser purificados de todo lo que es del yo, y separados de lo que es del mundo, para vivir sólo y totalmente como Cristo vivió para la gloria del Padre. Y luego, con la fe en que este «como yo» es verdaderamente lo que Cristo está dispuesto a realizar, la Vid mantendrá esta misma vida en la rama totalmente dependiente de El.

* * *

Como *Yo.* De nuevo, mi bendito Señor, como la Vid, así la rama: una vida, un espíritu, una obediencia, un gozo, un amor.

Señor Jesús, *confiado en que Tú eres mi Vid, y que yo soy tu rama,* acepto tu orden como una promesa, y tomo tu «Como Yo» por una simple revelación de lo que Tú haces en mí. Sí, Señor, como Tu me has amado, yo amaré.

26
LA AMISTAD DE CRISTO: SU ORIGEN

Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Juan 15:13

EN LOS TRES versículos siguientes nuestro Señor habla de su relación con sus discípulos bajo un nuevo aspecto: el de la amistad. Nos indica el amor en el cual esta amistad tiene su origen (v. 13); la obediencia por nuestra parte en la cual se mantiene (v. 14), y luego la santa intimidad a la cual conduce (v. 15).

Nuestra relación con Cristo es una relación de amor. Al hablar de esto previamente, mostró lo que era su amor en

su gloria celestial; el mismo amor con el cual el Padre le había amado. Aquí tenemos el amor en su manifestación terrena: poner la vida por sus amigos.

«Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos.» Cristo anhela verdaderamente que conozcamos que la raíz secreta y la fuerza de todo lo que El hace por nosotros como Vid es el amor. Al aprender a creerlo, sentiremos que aquí hay algo sobre lo que hemos de pensar, pero además un poder divino, una vida divina que hemos de recibir dentro de nosotros. Cristo y su amor son inseparables; son idénticos. Dios es amor y Cristo es amor. Dios y Cristo y el amor divino sólo pueden ser conocidos recibiéndolos por medio de la vida y el poder que obra dentro de nosotros. «Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti»; no hay conocimiento de Dios excepto teniendo esta vida; sólo la vida que obra en nosotros es lo que puede darnos el conocimiento. Y lo mismo el amor; si queremos conocerlo, debemos beberlo de su viva fuente, hemos de recibirlo del Espíritu Santo en nosotros.

«Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos.» La vida es lo más precioso que tiene el hombre; la vida es todo lo que tiene; la vida es él mismo. Esta es la mayor medida de amor: cuando un hombre da su vida, no retiene nada, lo da todo. Es esto lo que nuestro Señor quiere dejar claro en cuanto al misterio de la Vid; con todo lo que tiene se ha puesto a nuestra disposición. Quiere que contemos con El como nuestro; quiere ser nuestra posesión, para que nosotros seamos su posesión. Quiere darnos su vida, no sólo como un acto pasajero, que se realiza una vez, no; sino que quiere hacerse nuestro por

toda la eternidad. Vida por vida; El nos dio su vida para poseerla, a fin de que podamos darle nuestra vida para que El la posea. Esto es lo que nos enseña la parábola de la Vid y de la rama, en una maravillosa identificación, en su perfecta unión.

Cuando conocemos esto, no de modo intelectual, sino como experiencia vital, empezamos a ver lo que debería ser nuestra vida como ramas de la Vid celestial. El se entregó a la muerte por nosotros; El se dio a sí mismo para que podamos hallar vida en El. Esta es la verdadera Vid, que sólo vive para que vivamos nosotros en ella. Esto es el principio y la raíz de esta santa amistad a la cual Cristo nos invita.

¡Grande es el misterio de la piedad! Confesemos nuestra ignorancia e incredulidad. Cesemos de tratar de dominarlo con nuestros esfuerzos y nuestro entendimiento. Dejemos que el Santo Espíritu que reside en nosotros nos lo revele. Confiemos en su infinito amor, que dio su vida por nosotros, para que tome posesión de nosotros y se deleite en hacernos totalmente suyos.

* * *

Su vida por sus amigos. ¡Qué maravillosas son las lecciones de la Vid, que da su vida por las ramas! Y Jesús dio su vida por sus amigos. Y este amor se da a ellos y en ellos. ¡Vid celestial, enséñame bien hasta qué punto Tú quieres vivir en mí!

27
LA AMISTAD DE CRISTO: SU EVIDENCIA

Vosotros sois mis amigos, si hacéis cuanto yo os mando.
Juan 15:14

NUESTRO SEÑOR DIJO lo que nos daba como prueba de su amistad: daba su vida por nosotros. Ahora nos dice que lo que nosotros hemos de hacer es: haced cuanto yo os mando. El dio su vida para asegurar un lugar para su amor en nuestros corazones, para regirlos; la respuesta a que su amor nos llama y para la que nos da poder, es que hagamos lo que nos manda. A medida que conocemos su amor, obedeceremos gozosamente sus mandatos. Al obedecer sus mandatos, conoceremos su amor más plenamente. Cristo ya había dicho: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor.» Cristo considera necesario repetir la verdad otra vez: la prueba de nuestra fe en su amor, la manera de permanecer en El, la marca de nuestro ser ramas verdaderas es hacer las cosas que El nos manda.

Lo que necesitamos es pedir al Señor que se nos revele en el amor en el cual demostró que era nuestro amigo. Por ello podemos escucharle cuando nos dice: «Vosotros sois mis amigos.» Cuando vemos lo que nuestro amigo ha hecho por nosotros, y qué bendición es que nos llame sus amigos, el hacer lo que nos manda pasará a ser el fruto natural de nuestra vida en su amor. No temeremos decir: «Sí, Señor, somos tus amigos y haremos lo que nos mandas.

Si hacéis. Sí, es haciendo que somos bendecidos, que permanecemos en su amor, que gozamos de su amistad.

«¡Si hacéis lo que os mando!» Oh Señor, que tu santa

amistad me guíe a amar todos tus mandamientos, y que el hacer lo que me mandas me conduzca a una amistad contigo más íntima.

28
LA AMISTAD DE CRISTO: SU INTIMIDAD

Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; sino que os he llamado amigos, porque todas las cosas que le oí a mi Padre, os las he dado a conocer. Juan 15:15

LA PRUEBA MÁS ELEVADA de la verdadera amistad, y una gran fuente de su bendición, es la intimidad que no retiene nada y admite al amigo a participar de sus secretos más íntimos. Es una gran bendición ser un siervo de Cristo; los redimidos se deleitan en llamarse siervos suyos. Cristo habló de sus discípulos con frecuencia, como sus siervos. En su gran amor, nuestro Señor ahora nos dice: «Ya no os llamo siervos»; con la llegada del Espíritu Santo se inauguraba una nueva época. «El siervo no sabe lo que hace su señor»: tiene que obedecer sin ser consultado o admitido a los secretos y los planes de su amo. «Sino que os he llamado amigos, porque todas las cosas que le oí a mi Padre, os las he dado a conocer.» Los amigos de Cristo comparten con El los secretos que el Padre les ha confiado.
Consideremos lo que significa esto. Cuando Cristo habló de guardar los mandamientos de su Padre, no quería decir simplemente los que están escritos en las Sagradas Escrituras, sino aquellos mandamientos especiales que le

habían sido comunicados día tras día, hora tras hora. Eran de éstos que decía: «El Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que hace, y le mostrará aún cosas mayores.» Todo lo que Cristo hizo fue la obra de Dios. Dios se la mostró a Cristo, de modo que El ejecutó la voluntad y propósito del Padre, no —como hacen los hombres— ciegamente y sin conocimiento interior, sino con pleno conocimiento y aprobación. Como quien estaba en el consejo de Dios, conocía el plan de Dios.

Y ésta es ahora la bendición de ser amigos de Cristo, que, a diferencia de si fuéramos siervos, hacemos su voluntad como estando en el círculo íntimo, compartiendo los pensamientos secretos de Dios. Desde el Día de Pentecostés en adelante, por medio del Espíritu Santo, Cristo ha conducido a sus discípulos a la aprehensión espiritual de los misterios del reino, del cual El hasta entonces había hablado sólo en parábolas.

La amistad se deleita en la compañía. Los amigos se reúnen. Los amigos se atreven a confiar, los unos a los otros, cosas que no dejarían saber a otros. ¿Qué es lo que da al cristiano acceso a esta santa intimidad con Jesús? ¿Qué es lo que le da la capacidad espiritual de recibir las comunicaciones que Cristo ha de hacer sobre lo que el Padre le ha mostrado? «Vosotros sois mis amigos *si hacéis las cosas que* Yo *os mando.'»* Es la obediencia en amor que purifica el alma. Esto se refiere no sólo a los mandamientos de la Palabra, sino a la bendita aplicación de su Palabra a nuestra vida diaria, que nadie sino el mismo Señor puede hacer. Pero cuando la esperamos en dependencia y humildad y obedecemos fielmente, el alma se hace apta

para una creciente amistad, cada vez más íntima, y la vida diaria pasa a ser una experiencia continua de que: «Os he llamado amigos; porque todas las cosas que le oí a mi Padre, os las he dado a conocer.»

* * *

Os he llamado amigos. ¡Qué gran honor! ¡Qué celestial privilegio! Oh Salvador, di Tu palabra con poder a mi alma: «Te he llamado mi amigo, a quien amo, en quien he puesto confianza, a quien he hecho conocer todo lo que pasa entre mi Padre y Yo.»

29
ELEGIDOS

No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto. Juan 15:16

LA RAMA no escoge a la vid, o decide en qué vid va a crecer. La vid hace brotar la rama, como si dijéramos, según su voluntad. De la misma manera, Cristo dice: «No me elegisteis vosotros a mí.» Pero algunos dirán que no es ésta precisamente la diferencia entre la rama natural y el mundo espiritual, que el hombre tiene una voluntad y el poder de elegir, y que es en virtud de que ha decidido aceptar a Cristo que es ahora una rama. Esto es indudablemente verdad. Y, sin embargo, es sólo la mitad de la verdad. La lección de la Vid y la enseñanza de nuestro Señor indican la otra mitad, más profunda, divina,

de nuestro ser en Cristo. Si El no nos hubiera elegido, nosotros no le habríamos elegido a El. Nuestra elección fue el resultado de que El nos escogió y echó mano de nosotros. En la misma naturaleza de las cosas, es su prerrogativa como Vid el escoger.

30
FRUTO PERMANENTE

Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca. Juan 15:16

HAY ALGUNOS FRUTOS que no se conservan bien: fruto que debe ser consumido inmediatamente; pero hay algunos frutos que se conservan durante un año o más. Así ocurre en la obra cristiana, en que hay fruto que no dura. Hay mucho que complace y edifica, y, con todo, no hace impresión permanente en los poderes del mundo o el estado de la Iglesia. Por otra parte, hay obra que deja su marca durante generaciones o por la eternidad. Es en esta obra que el poder de Dios se hace sentir definitivamente. Es el fruto del cual habla Pablo cuando describe los dos estilos de ministerio: «Mi predicación no fue con palabras elocuentes de sabiduría, sino en demostración del Espíritu y de poder; para que vuestra fe no se apoye en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios.» Cuanto más hay de humano, en sabiduría y poder, menos estabilidad y permanencia; cuanto más hay del Espíritu de Dios, más hay respecto a fe establecida en el poder de Dios.

El fruto revela la naturaleza de un árbol. ¿Cuál es el secreto de llevar fruto que permanezca? La respuesta es simple.

Cuando nuestras vidas permanecen en Cristo, al permanecer nosotros en El, el fruto que produzcamos permanecerá. Cuanto más permitamos que sea eliminado lo que es de la voluntad humana, que sea podado por el divino Labrador, más intensamente nuestro ser se retraerá del mundo para que Dios pueda obrar en nosotros por su Espíritu; es decir, cuanto más plenamente permanezcamos en Cristo, más permanente será nuestro fruto.

¡Qué bienaventurada idea! El te escogió y te mandó que dieras fruto y que tú fruto permaneciera. El nunca mandó a ninguna rama que diera fruto que no permaneciera. Cuanto más profundamente entró en el propósito de esta gracia electiva, más segura es mi confianza de que puedo llevar fruto para vida eterna, para mí y para otros. Cuanto más profundamente entro en este propósito de su amor que elige, más comprendo que el lazo que une el propósito desde la eternidad y el fruto para la eternidad es el permanecer en El. El propósito es suyo, El lo ejecutará; el fruto es suyo, El lo llevará; el permanecer es suyo, El lo mantendrá.

Que todos los que profesen ser obreros cristianos hagan una pausa. Pregunta si estás dejando tu marca para la eternidad en aquellos que te rodean. No es tu predicación o tu enseñanza, tu fuerza de voluntad o el poder de tu influencia que dará garantía de ello. Todo depende de que tengas tu vida llena de Dios y su poder. Y esto, otra vez, depende de que tu vida sea verdaderamente como la de una rama: permaneciendo en comunión íntima e ininterrumpida con Cristo. Es la rama que permanece en El la que da mucho fruto, fruto que permanece.

Bendito Señor, revela a mi alma, te ruego, que Tú me has escogido para llevar mucho fruto. Que ésta sea mi confianza, que tu propósito pueda ser realizado: Tú me escogiste a mí. Que éste sea mi poder: el abandonarlo todo y entregarme a Ti. Tú mismo perfeccionarás lo que ya has empezado. Atráeme a morar en tu amor, y, en la certidumbre de este propósito eterno, que el poder de la eternidad me posea y el fruto que dé permanezca.

* * *

Que vuestro fruto permanezca. Oh Vid divina, empieza a hacerse claro en mi alma que tienes que darme fruto, más fruto, mucho fruto; fruto que permanezca es lo que me has de dar, y lo que tengo que darte yo como rama. Aquí estoy. Bendito Señor, obra tus propósitos en mí; déjame llevar mucho fruto, fruto que permanezca para tu gloria.

31
LA ORACIÓN OUE PREVALECE

...y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dé. Juan 15:16

EN EL PRIMER VERSÍCULO de nuestra parábola Cristo se reveló como la Vid verdadera, y dijo que el Padre era el Labrador, y pidió para El y para el Padre un lugar en nuestro corazón. Aquí, en el último versículo, resume todas sus enseñanzas en el doble propósito para el cual nos ha escogido. Con referencia a sí mismo —la Vid—, el propósito era que llevaran mucho fruto. Con referencia al

Padre, era que todo lo que pidieran en su nombre les sería hecho por el Padre celestial. Como el fruto es la gran prueba de nuestra verdadera relación con Cristo, la oración es la prueba de nuestra relación con el Padre. Un permanecer fructífero en el Hijo, y una oración que prevalece ante el Padre, son los dos grandes factores de la verdadera vida cristiana.

Paro *que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dé.* — Estas son las palabras con que se cierra la parábola de la Vid. Todo el misterio de la vid y sus ramas nos conduce a otro misterio: que *¡cualquier cosa que pidamos en Su nombre, el Padre nos la dará!* Vemos aquí la razón de la falta de oración y de la falta de poder en la oración. La causa de esta falta es que vivimos tan poco la vida de la rama —porque no nos abandonamos a la vid, no permaneciendo en ella enteramente— que nos sentimos muy poco constreñidos a la oración abundante, poco confiados de que seremos oídos, y por ello no sabemos usar su nombre como una llave para el granero de Dios. La Vid plantada en la Tierra ha alcanzado el Cielo; es sólo el alma que permanece total e intensamente en ella que puede alcanzar el Cielo con poder y prevalecer. Nuestra fe en la enseñanza y la verdad de la parábola, en la verdad y la vida de la Vid, debe mostrarse por el poder en la oración. La vida de permanencia y obediencia, de amor y gozo, de pureza y de fruto, nos conducirá al poder de la oración.

Todo lo que pidáis. — La promesa fue dada a los discípulos que estaban dispuestos a entregarse —a semejanza de la verdadera Vid— a sus prójimos. Esta promesa era toda su provisión para el trabajo; la aceptaron

literalmente, creyeron en ella, la usaron y encontraron que era verdadera. Entreguémonos nosotros —como ramas de la Vid verdadera y a su semejanza— a la obra de salvar hombres, de llevar fruto para la gloria de Dios, y encontraremos una nueva virtud y poder en la oración y en la promesa de «todo lo que pidáis». Nos despertaremos a nuestra maravillosa responsabilidad de tener en esta promesa las llaves del granero del Rey y no descansaremos hasta haber recibido el pan y la bendición para los que perecen.

«Os escogí para que llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca, para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dé.» Querido discípulo, procura, sobre todo, ser un hombre de oración. Aquí hay el ejercicio del privilegio más elevado como rama de la Vid; aquí hay la plena prueba de que eres renovado a la imagen de Dios y de su Hijo; aquí está tu poder para mostrar que tú, como Cristo, no vives para ti mismo, sino para otros; aquí puedes entrar en el Cielo para recibir dones para los hombres; aquí tu permanecer en Cristo ha conducido a que El permanezca en ti y te use como cauce e instrumento de su gracia. El poder llevar fruto para los hombres ha sido coronado por el poder de prevalecer ante Dios.

«Yo soy la vid, mi Padre es el Labrador.» La obra de Cristo en ti es llevarte al punto en que el Padre pueda cumplir su Palabra en ti: «En aquel día pediréis en mi nombre; y no digo que yo pediré al Padre por vosotros; porque el mismo Padre os ama.» El poder del acceso directo al Padre, por parte de los hombres; la libertad de interceder, reclamando y recibiendo bendición para ellos en fe, es el ejercicio más

elevado de nuestra unión con Cristo. Que todos los que quieran ser ramas de modo verdadero y pleno se den a la obra de intercesión. Es la gran obra de Cristo, la Vid, en el Cielo, la fuente de poder para toda su obra. Haz de ella tu gran obra como rama: será el poder de toda tu obra.

En *mi nombre.* Sí, Señor, en tu nombre, el nuevo nombre que Tú te has dado aquí, la Vid verdadera. Como rama, permaneciendo en Ti en devoción entera, dependencia total, perfecta conformidad y permanencia fructífera, vengo al Padre, en Ti, y El me dará lo que pida. ¡Que mi vida sea para la intercesión incesante y que ésta prevalezca!